

2 117-84 T-1955

UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRÉS

FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACION

CARRERA: LITERATURA



TESIS DE GRADO

№2

"Trece cantos del cristal"

"La palabra que crea, ordena y purifica:
El "Génesis", el *Popol-Vuh* y *La Sonda de Arcturo*"

Tesis de Escritura Creativa

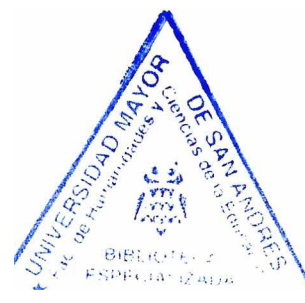
Postulante: Daniela Beatriz Escobar Lupo

Tutora: Dra. Mónica Velásquez Guzman

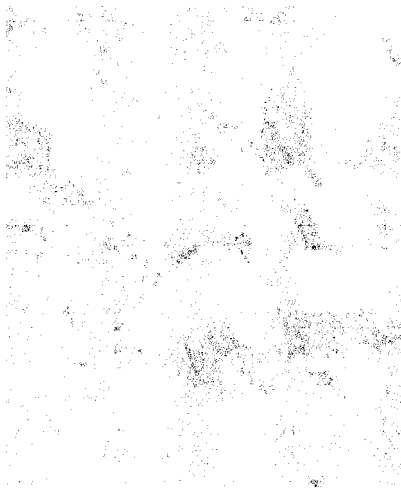
137 h
LA PAZ - BOLIVIA
2007

Nº 2058

A los que ya no están...
y a los que siguen estando



Trece cantos del cristal



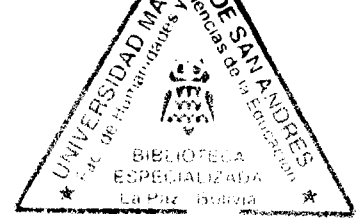
**Los dos comprenden a su pesar
que se pertenecen**

**Era el comienzo en el abandono
resuenan ecos de los principios
se divulgan a sí mismos
y en sí mismos recuerdan la infinitud
- la piedra equivale a todo y en todo -
recuerdan que hay una noche al medio
pausa, por añadidura
flujo, por efecto
llegan aún más lejos
afanosamente celebran
la locura inédit**

M. F.

I.

Sumido en las profundidades de un gran sueño, el habitante observa la destrucción a su alrededor. Los muros de agua se van haciendo cada vez más estrechos. El continente está perdido. Sumergido en el caos, el habitante alberga aún la esperanza. Nuevos espacios se alzan hacia el este, más allá del mar, donde la tierra casi toca el cielo. De las entrañas de los suelos emergen gigantes guardianes de hielo, imperturbables y ajenos a la destrucción. Chorra de sus cabellos un hilo de plata que ha empezado a reunirse en el centro mismo de esta platea. Es el lago sagrado, único lugar donde la vida tiene aún alguna oportunidad. Al habitante le ha sido revelado su fin y el de los suyos entre terremotos y tormentas oníricas, bajo la única condición de la resignación. Pero, en medio de ruinas, ha conseguido comunicarse con sus mayores, lejanos y presentes, y en un desesperado clamor de ayuda ha depositado su último aliento. Los mayores escuchan con sorpresa y pena el mensaje que el habitante ha logrado transmitir, pues aquella estirpe era la más amada entre todas. Después del gran concejo deciden cumplir con la profecía, aquella que habla de nuevos seres en el lago sagrado. La hora ha llegado en que aquella pareja pueda, por fin, habitar el mundo para el que fueron creados. Desde la más majestuosa estrella parte la pareja primera, que se traslada entre los lamentos de los mayores que lloran por el continente destruido. En las vibraciones de los cantos fúnebres viajan, mientras derraman lágrimas que luego se convierten en polvo, en honor a los caídos. Cada vez más cerca de su destino, se les aparece la estrella azul, la más hermosa, y el brillo que ella despide enjuaga sus lágrimas y les da la bienvenida. Antes de llegar, la pareja debe sobrevolar los restos del continente. De aquel lugar que en otros tiempos fue admirado por muchos seres no queda más que agua; aquel jardín de amatistas que fue orgullo por su color y por sus saberes se había unido al reino de peces y corales. No quedaba nada. En silenciosa contemplación se queda la pareja por muchas lunas, tratando de encontrar algo que se hubiese salvado, algo que recordase a ese extinto pueblo. Es ella la que ve primero aquella luz que se debate en el océano: una diminuta isla de cuarzo, un solo cristal en el que el habitante había guardado su historia y su recuerdo. Es el hombre el que toma el



cuarzo y lo incrusta en su vara, una vara que les fue entregada antes del viaje, que tenía la tarea de indicarles el lugar exacto de asentamiento. Y escuchan el relato del habitante, sentados sobre el mar, sosteniendo la vara entre sus manos para guardar el testimonio en la mirada y poder así cumplir la tarea asignada por los mayores. Con los ánimos afectados por lo narrado deciden partir en busca de aquel sitio que conocen desde siempre. Aunque no saben cómo llegar a él, confían en la vara que sostiene fuertemente el primer hombre y siguen sus indicaciones. Ya han volado sobre la mayor parte del océano y, a lo lejos, se puede empezar a vislumbrar una pequeña línea de tierra. Todo sucede tal cual estaba predicho, pues sobre los centinelas de hielo se ven planear a unas aves magníficas: son aquellas que la pareja vio un día, antes de nacer, con una túnica negra y blanca y alas de perfecta armonía. A medida que se van acercando logran ver terrenos vírgenes, ansiosos de ser poblados. Deciden detenerse en el desierto de sal a hacerle una ofrenda a esa nueva tierra que los recibe. La mujer se quita el vestido y lo posa sobre los bloques de sal. El hombre clava la vara en el suelo para establecer contacto con los mayores, tal como había sido establecido, y un mensaje desde los cielos se hace escuchar: "En el gran desierto de sal deben asentarse, hasta que la nueva tierra se haya acostumbrado a su presencia. No olviden las ofrendas y mantengan siempre presente al continente destruido, no vaya a ser que les espere un mismo destino". En ese momento ella corta un mechón de sus trenzas y hace lo mismo con las trenzas del varón. Coloca todo sobre el vestido junto con los otros objetos: un trozo de imán, la arista de un astro, el canto de un ángel y unas gotas de mar y las sitúa formando una estrella de cinco puntas. Ahora la tierra los ha aceptado y ha nombrado al hombre Tata y a la mujer, Mama. Con humildad se inclinan para agradecer el don y aceptar el bautizo. Ambos se miran y se hablan por primera vez con palabras que no tienen sonido alguno; se tocan y se sienten, sienten ese cuerpo que late lleno de sangre, regalo de la tierra que los ha acogido. Sentados ante la ofrenda hacen fuego y bailan la danza de los mayores hasta que Orión, el guerrero, ha desaparecido del zenit. Emprenden, entonces, la caminata porque son seres de carne y hueso, ya no les es dado volar. Toman la ruta del norte siguiendo el consejo de la vara. Una

vez que salen del desierto de sal recorren grandes distancias sin cruzarse con ningún ser. Se creen los únicos. Sin embargo, cuando están por llegar a una arboleda, se les aparece un animal: es un puma con ojos de agua que ha llegado hasta ellos para mostrarles el camino hacia el lago. Sorprendidos lo observan y tratan de averiguar el misterio de su mirada entre líquida y etérea sin poder enfrentar esos ojos directamente. El puma intenta comunicarles algo, pero el temor de la pareja es profundo y son incapaces de comprender. Empieza a caminar el animal, seguido por la mujer y el hombre, a través de bosques, de ríos, de polvo. A paso lento se acercan a uno de los gigantes más majestuosos, un ser de tres cabezas y pensamientos de ave, con voz de relámpago y risa helada de viento. Después de hacerle una reverencia comienzan a ascender por las rocas y la nieve sintiendo que la sangre se endurece en sus venas. Penosa es la llegada a la cima, pero logran conquistar la punta de la cabeza más alta. Después de armar la ofrenda para el gran anciano, clava el hombre la vara en el suelo y un descomunal destello sale del cuarzo incrustado. Embelesados con la luz, hombre y mujer pierden todo miedo y se atreven a mirar los ojos de agua del puma que ya los espera preparado. Apenas hacen contacto con sus líquidas esferas, sienten el vértigo y se lanzan al abismo situado en sus mismos ojos. Desesperados nadan, pues a la vez que caen por el precipicio, ascienden a alguna superficie. Tomados de la mano llegan a ver la luz del astro mayor justo encima de sus cuerpos y con el último esfuerzo que les queda sacan sus cabezas del agua, llenan sus pulmones de aire. Saben exactamente el lugar en el que se encuentran, pues lo han visto en sus recuerdos, lo han visto en los ojos del puma. No muy lejos de donde flotan se encuentra una isla de oro. Mama y Tata se dirigen a ella, jubilosos de cumplir, al fin, la profecía para la que fueron creados.

II.

A orillas del océano, en la punta de la gran pirámide, el mago espera. Envuelto en las tinieblas del tiempo oscuro intenta percibir las vibraciones del mensaje que le ha sido anunciado. Observa la vastedad del valle con su único e invisible ojo y contempla la majestuosidad del templo. A sus espaldas llegan celestes embarcaciones que traen nuevos aprendices del continente vecino. La prosperidad de ambos continentes ha producido un intenso intercambio de sabiduría y magia. El poblado del mago, aunque recientemente formado, ha logrado igualar el esplendor de los más antiguos. Cuando siente que es hora de recibir las indicaciones que llegan desde el firmamento, se inclina y se pone un poncho, tejido con lana de animales sagrados, y recoge el cristal de cuarzo. Un fuerte viento le lleva el aroma de la sal y le llena de lágrimas el rostro. El tiempo oscuro llega a su fin. Le ha sido revelada la manera, pero debe guardar silencio. Asimismo, se le ha ordenado preparar las ofrendas destinadas a un nuevo orden, a un nuevo anciano. El mago desciende de la pirámide y se va directo al templo. Con amargura recuerda los consejos de sus ancestros y los convoca para que lo guíen, pero nadie responde. Esta tarea le ha sido asignada a él, y con ningún ser puede compartir su desconsuelo. Llevando el peso de la soledad en sus espaldas parte hacia el continente a buscar los objetos necesarios para las ofrendas.

Colgado al cuello tiene al cristal de cuarzo, única compañía permitida, y los pobladores se preguntan por esa tristeza jamás antes sentida y por esa desolación que comparten en conjunto. Sólo una entre ellos comprende. Sólo una entre ellos conoce los reversos del tiempo. Ella también sabe lo que va a suceder en esas tierras y, de igual manera, debe callar. Al contrario que su compañero, no siente pena, sino incertidumbre. Se pregunta si ese sueño, el que soñaron sus padres y sus abuelos, el que habla de nuevos seres en nuevas tierras, vaya a cumplirse. En oníricos trances ha conocido pétreas estructuras y ahora sabe que es ella la destinada a construirlas. Parte, entonces, en dirección contraria al mago, pues debe conseguir la piedra de la que le hablaron sus mayores. Esta es una piedra especial porque en su interior se encuentra algo que nunca antes se ha percibido:

la luz. Camina ella alejándose cada vez más del valle, con un trozo de cristal, ya que éste debe indicarle la ubicación exacta de aquello que busca. A medida que el mar y el templo desaparecen a sus espaldas, el cristal se va haciendo más pesado.

Dentro de ella puede sentir el dolor del mago, y sabe que ha llegado ya al vecino continente. Sabe que en las orillas lo reciben sacerdotes, ansiosos de escuchar el mensaje de los mayores. Pero el mago sólo les transmite la tristeza y ellos, angustiados, respetan su silencio. Continuando con la colecta de los objetos para la ofrenda, se lanza a la búsqueda de un metal que sólo se encuentra en el centro de un gran monte que se alza hacia el este. Este metal tiene el poder de reflejar todo lo que se posa en su superficie. Sin embargo, una vez que el mago llega a las faldas del monte, no encuentra entrada alguna, aunque sabe que una señal le será dada para indicarle el camino correcto. Se sienta, entonces, en una roca, a la espera de la indicación. Piensa en aquella que, al igual que él, está buscando algo, muy lejos del hogar. Ambos reposan en medio de las tinieblas, y ambos empiezan a sentir esas pequeñas vibraciones que, poco a poco, se van convirtiendo en temblores y, luego, en un violento terremoto. La tierra que sostiene al mago comienza a hundirse para mezclarse con el mar. La mujer, en cambio, se eleva junto con el suelo, que ahora forma una enorme meseta.

En el monte, frente a la roca en la que está sentado él, comienza a abrirse una gruta por la que ingresa en busca del metal encomendado. La mujer, profundamente sorprendida, observa a unos gigantes emerger del suelo. La cabeza primero, para luego dar paso al resto de su inmenso cuerpo. Los ha reconocido. Su madre le habló de ellos en la cuna. Sabe que debe buscar en sus entrañas para extraer la ansiada piedra. Hombre y mujer se internan, cada cual en una cueva diferente, en búsqueda de los objetos requeridos. Siguen caminando por los laberintos y ya no sienten ningún temblor, ningún miedo. Con pasos seguros el mago se dirige hacia el fondo de la cueva, y lo mismo sucede con la mujer asentada al interior del gigante. Hay algo a lo lejos que llama la atención de

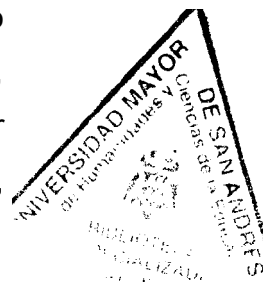
ambos. El único e invisible ojo recibe algo que nunca había recibido. Los dos seres saben que en ese lugar se encuentra aquello que largamente buscaron. Se acerca la mujer a un bloque gigante de piedra; el hombre, a una plancha hecha toda de oro, embelesados ambos por el hechizo de la luz, que perciben por primera vez.

En aquella sustancia incorpórea logran vislumbrar lo que ha sucedido fuera de esas grutas. Las olas se están tragando al continente. El valle, tan amado y fértil, se eleva cada vez más cerca de las nubes. Del continente antiguo sólo quedan pequeñas islas repartidas por el océano. El continente vecino se encuentra ahora a tal altura, que las playas se han convertido en áridos desiertos, casi privados de aire. Los habitantes que han sobrevivido se reúnen en el templo, se preguntan por el mago y la mujer, que han desaparecido. Ahora saben el por qué de la tristeza del mago y sienten dentro de ellos que todavía está vivo. Preparan una ceremonia para enviarles fortaleza a los viajeros: danzas, lágrimas, las hojas de la única planta que ha permanecido y tambores. La música viaja largas distancias, de este a oeste, hasta que llega directo a los oídos de ambos. Reconfortados con la compañía de sus hermanos, se olvidan de la soledad de la misión encomendada.

Cuando encuentran la materia necesaria para la ofrenda ordenada por los mayores, el mago y la mujer se ponen a trabajar tal como se les había indicado. Con el trozo de cristal que llevó consigo, ella labra en la piedra la figura de un ser que nunca ha visto, pero que sus manos recuerdan a la perfección. Le toma muchas horas completar los detalles de la estructura y sabe que, a la vez, el mago construye una plancha de oro con su cuarzo, y que ambas piezas deben unirse hasta ser una sola cosa. Cuando le falta ya poco para finalizar, el mago se inquieta, pues desconoce el modo de transportar la inmensa plancha de oro. A lo lejos, la mujer siente la misma duda, pero eso no les impide continuar con la tarea. Confían en lo que les transmitieron los mayores antes del cataclismo: al terminar la figura sólo una gran fuerza será capaz de transportarlos. Lejos, en el templo, los tambores suenan con furia e invitan a los sobrevivientes a danzar y transportarse

a otros tiempos y espacios. Observan dentro de su único e invisible ojo, la figura del nuevo anciano que ya está pronto a despertar. Saben que los antiguos habitantes se encuentran ahora en el fondo de los mares, lloran por ellos.

Aumentan, paulatinamente, la intensidad de la música, hasta que las únicas vibraciones perceptibles provienen de los tambores. El mago y la mujer han terminado su labrado, cada cual en una cueva distinta. La estructura está lista para recibir al nuevo orden. Ambos elevan sus manos al cielo y empiezan a entonar la canción que está siendo cantada en el templo. Cuando todos los habitantes se logran unificar, cuando pueden, al fin, ser uno solo, un nuevo temblor sacude la tierra entera. En la parte este del muro del templo se abre un gran agujero y de él surge una majestuosa puerta de piedra, tan grande como hermosa, cubierta de una lámina de luminoso oro. Junto a ella emergen del suelo, cual flores en medio del desierto, la mujer y el mago. Sin perder tiempo, sin dejar de cantar, los sobrevivientes hacen un círculo alrededor de la puerta sagrada, ansiosos de darle la bienvenida al gran anciano que ya despierta.



Es, entonces, cuando una gigante esfera de enceguedora luminosidad hace su aparición por el medio de la puerta. Con el primer rayo de luz, cada habitante estalla de júbilo. Al querer agradecer con una mirada al mago y a la mujer, sienten el desdoblamiento de su único e invisible ojo en dos perfectas esferas humedecidas de lágrimas, pues son capaces de ver, por primera vez. Detrás del círculo hecho por los habitantes, los gigantes de hielo crecen hacia el infinito y saludan al anciano. La mujer y el mago reconocen la señal convenida por los mayores y unen los dos trozos del cristal de cuarzo. Hombre y mujer, sombras y luz, comienzo y final se encuentran contenidos dentro de él. A medida que el nuevo astro avanza a través del cielo, va transformando a cada habitante en un inmenso ser de piedra. Les han otorgado el don de permanecer inmortales y pétreos como agradecimiento al tributo ofrecido. Mujer y mago son los últimos en transformarse, pues ambos custodian la puerta del anciano. Y, un segundo antes

de petrificarse, logran ver el destello de la pareja prometida que, a esas alturas, ya asoma la cabeza por el lago sagrado.

Ella es una de las vírgenes que vive en el templo. Permanece siempre encerrada para guardarse pura, pues podría ser una de las mujeres que escoja el soberano como esposa. La vida de las vírgenes transcurre en claustro, aisladas del resto del imperio por gigantescos muros. No les es permitido tener contacto con ningún hombre o mujer ajeno a las actividades del templo. Algunas de ellas ven pasar los años sin remedio, esperan por el amante prometido que nunca llega, tejiendo resignaciones y destejendo amarguras. En la isla de las vírgenes se venera al pálido y vecino satélite. Más antiguo que el Gran Astro y menos apasionado, este satélite recibe los mensajes celestes y los refleja sobre su faz. Son los sacerdotes los que los traducen ayudados por las hojas de la planta sagrada y de ciertos brebajes preparados por ellos mismos. Esa noche hay celebración en la isla para alimentar la fertilidad de las impecables mujeres. Se espera la llegada de un lejano anuncio, dicen los brujos. Aquellos que llegan al templo han sido rigurosamente escogidos por sus virtudes, y las doncellas son escoltadas por un inmenso ejército de soldados, castrados todos para garantizar la inmaculada virtud de las protegidas.

Dicen de mi madre que fue una hermosa sirena y mi padre, un pescador. Se enredó en una ocasión la mujer pez en las redes del hombre y bajo la pálida luz del sacro satélite fui engendrada, en las aguas del lago sagrado. Dicen que cuando nací, los brujos se quedaron deslumbrados por mi perfección y decidieron ofrecerme al soberano como el perfecto tributo.

Ella es la más joven. Se la ha visto crecer con la melancolía del navegante y la sensualidad de una sirena. En sus ojos se puede ver el tedio del encierro, la crueldad de la espera. Ni siquiera los ánimos de fiesta logran borrarle la tristeza. Afanadas se encuentran todas, menos ella. Para muchas es la primera vez que verán a la gente del exterior, por eso se esmeran en sus atavíos. De todas aquellas vírgenes debe elegirse a una que lleve el manto de hilos de plata, en

honor a la plateada esfera que las cuida. Salen una a una hacia el altar para que el gran brujo corone a la elegida. Los habitantes de la isla observan incrédulos a las mujeres, que se presentan cual fértiles diosas que vibran en la frecuencia de un estelar orgasmo. Pero es ella la que acapara todas las miradas. Sólo existen ojos para venerarla. Se encuentra entre los participantes un joven fuerte, taciturno, ágil como un puma. Ella lo mira dulcemente y su pesar se vuelve grande, pues un infranqueable misterio los ha poseído a ambos. Él no puede dejar de contemplar la perfecta simetría de esa mujer cabellos de ola, manos de totora. Brillan sus ojos como dos cristales, dice el más anciano. El brujo asiente con respeto y le coloca la manta para que sea ella quien inicie la ceremonia. Ella alza sus brazos al cielo para invocar el contacto con los mayores. El satélite se encuentra justo sobre su cabeza y es entonces cuando brujos y sacerdotes comienzan a interpretar.

Dicen que la armonía sólo existe en el chacha-warmi, que somos atraídos por el entendimiento mutuo. Dicen que la primera pareja volverá a existir en ti y en mí porque al amamos unificamos el espíritu. Fecunda mi laguna con tu vara. Inspira tristes melodías en mi vientre. Derrama mi sangre sobre tu cuerpo felino y aliméntate de mis entrañas. Déjame habitar en tu ser y palpar en tu sangre.

A medida que descifran el mensaje, la expresión de sus rostros se va volviendo más confusa y atemorizada. La miran a ella, lo miran a él. Cuando están a punto de finalizar, comienzan de nuevo por temor a haberse equivocado. Le piden a la planta sagrada que los ayude, beben una infusión de hierbas y hongos que ha impregnado todo el templo de un olor a muerte. Muy abatidos deciden comunicar el mensaje. Dice el sacerdote que los mayores les han hablado. Aquella que integra el reino de peces y de hombres deberá derramar su sangre sobre la gran piedra del altar y será ella quien escoja al ejecutante entre los presentes. Los habitantes enmudecen. Caen lágrimas de la mayoría de los ojos. El brujo más anciano continúa. No se pueden explicar la conducta de los mayores, pues es la primera vez que piden sangre como ofrenda. Sólo dos, virgen y muchacho, comprenden que se trata no ya de un simple sacrificio, sino de una promesa de

amor sin tiempo. Y escoge la náyade a su hombre-puma sabiendo que el primer contacto será también el último, sabiendo que habrán dos víctimas y dos verdugos. Se programa la ejecución para dentro de siete jornadas. Los brujos deben comunicarle al soberano la voluntad de los mayores y abastecerse de los más sagrados materiales para tan penosa tarea. Se llevan consigo al felino muchacho, que aún se encuentra profundamente impresionado. Tiemblan sus manos cada vez que sostienen un cuchillo. Lloro despacio cuando nadie lo escucha; piensa en ella, la recuerda, recorre su cuerpo con la memoria, la acaricia. Intenta aprender lo que los sacerdotes le enseñan, pero él sabe que nunca antes se ha tenido que realizar este tipo de ritual. En el templo los habitantes se esmeran por tener todo listo antes de la fecha indicada. A ella no dejan de mirarla con lástima. Le hacen atenciones especiales, las mismas que se realizan cuando el soberano elige a alguna de ellas como esposa. Recibe manjares, joyas, las más delicadas ropas, los más hermosos animales. Percibe ella cada noche los sonidos del lago, con la esperanza de volver a escuchar el canto de su madre, el calmo remar de su padre. Sin embargo, a medida que la fecha se acerca se va sintiendo menos sola, menos suya y más parte de la frecuencia planetaria, de estrellas y constelaciones. No teme la llegada de ese momento porque no estará sola sino con su par.

Dicen que la espera sólo es cruel cuando se siente miedo. Dicen que con nuestro encuentro se habrá sellado el pacto de lo eterno.

Cuando la comitiva regresa de haber visto al soberano, ya se encuentran preparados los elementos necesarios y queda solamente esperar a la noche siguiente. Se hace el silencio sobre la isla. Duermen los habitantes y sueñan con el satélite que guarda la paz de la pareja para propiciar un encuentro sublime, lleno de júbilo. Al llegar la mañana cada ser tiene una ocupación específica en el ritual. Animales, plantas, tejidos, cánticos, bebidas, todo empieza a encajar y a funcionar exactamente como había sido pedido. Cuando el Gran Astro se esconde tras los nevados y tiñe las aguas color carmesí, se da por iniciada la ceremonia.

Primero cantan y bailan los sacerdotes, seguidos por los brujos y por la gente del lugar. El muchacho cierra las danzas con un aire de tristeza que se refleja en su canto. Lleva el poncho de sus ancestros que se asemeja a la piel de un animal salvaje y se coloca en el centro del altar, esperando a la mujer que deberá sacrificar, esperando a su mujer. Ella sale de una de las cámaras con el manto de hilos de plata, las trenzas relucientes cual si estuvieran hechas de agua. Se acerca a él con un caminar lento y sensual. Se miran fijamente, se reconocen. Ella debe ser la que inicie la comunicación con los mayores entonando una canción cantada a ella por su madre el día de su nacimiento. Todas las sirenas del lago se unen a entonar la melodía con ella, pues conocen la voz de su especie. El gran sacerdote le da la señal para que se acueste sobre la mesa mientras su hombre-puma comprende la belleza en lo inevitable de sus actos. Antes de postrarse, la virgen le tiende la mano a su único y último amante y ante el contacto de sus pieles suenan graves truenos en la lejanía. Se desata una tormenta de relámpagos que desconcierta a los asistentes, mas la pareja se halla inmóvil. El chacha-puma llora grandes lágrimas felinas que se unen al torrente que chorrea del vientre de la náyade. Como un riachuelo, avanza decidido el líquido y no para hasta unirse con las aguas del lago sagrado. Los truenos y relámpagos cesan.

Como diosa observo... espero. Empiezo o termino, escindo o unifico. Desaparezco, existo, me anulo. Electrónica y perfecta toco las ondas que armonizan mi universo y ellas me tocan. Mana sangre de mis ojos inmortales y fertiliza el suelo a su paso. El misterio de la vida se alza entre mis manos. Late, latimos... uno solo.

IV.

Bajo el grave fragor de la lluvia está ella, descansa. Gruesas gotas de agua resbalan sobre su rostro, mezclándose con sus lágrimas. Hace un tiempo que se encuentra perdida. No puede distinguir el camino que le habían señalado. Se sienta sobre una roca y llora durante muchos días. Por primera vez desde que partió, en busca de algo que no puede precisar, se encuentra sola. Atrás quedó su compañero, que salió hacia el sur del lago, en una misión que ella ya no recuerda. Atrás quedaron pumas, varas, sal y nieve. Miro al pasado y ya no encuentro nada, dice. Hacia adelante, sólo vacío. Teme, pues la han abandonado hasta sus ancestros. Ya no puede ver sus gigantes cabezas de hielo custodiándola de sus miedos. Desconsolada mira a su alrededor, y se da cuenta de que es el único ser con vida. Las piedras, el polvo, ya no laten bajo sus pies. Sólo ella y el agua... Ríos corren junto a su cuerpo inerte. No hay astros en el cielo que le brinden algo de luz en su infinita sombra. Siente que lo ha perdido todo y se aferra a la lluvia que la recorre, a la húmeda caricia del llanto de la noche.

En la vasta oscuridad se encuentra, perdida, a la merced del frío de saberse lo único vivo. Un penetrante olor a nada envuelve su corazón herido. Aspira el aire para llenar sus pulmones y entona un canto fúnebre, siniestro. Llama a su amado con cada nota que le sale de la garganta. Con el oído atento a los vientos, busca respuestas a su desesperado cantar. Durante horas suena la triste melodía en las más lejanas tierras, mas no hay un ser para percibirla. Sin embargo, ante la inmensa melancolía del canto, un hondo temblor se hace sentir por doquier, acompañándola. Los rayos, que ya se acercan serpenteando a lo lejos, acuden al llamado de la mujer. Relámpagos y truenos forman juntos una sinfonía de muerte. Enceguecida y sorda, es invadida por un grave temor. Recuerda la mano amada, agarrando fuertemente la suya. Recuerda habérsele unido, el largo abrazo entre los campos. Tú, que llevas en la piel el olor de la quinua, le dijo aquella vez. Tú, la de los ojos de ave, no olvides que hemos nacido en el mismo lago, no olvides para

lo que hemos venido. Pero ella lo ha olvidado. Y los rayos caen a su alrededor, reprochándole el olvido.

Una extraña confusión reina en el ambiente, chispas ardientes de fuego danzan con las gotas de lluvia, grandes descargas golpean el suelo mojado y los charcos de agua, poseídos por un espíritu eléctrico, tocan el cuerpo de aquella mujer sin consuelo. El espíritu penetra en ella, haciéndole vibrar primero las piernas, los muslos, el vientre, el pecho, hasta anidarse en su cabeza de largos cabellos blancos. Cae, entonces, fulminada, y se transporta a un profundo sueño. En él, ve a su compañero atravesar desiertos con una vara dorada que lleva el cuarzo en la punta. Lo ve perderse, no ya en las tierras inexploradas, no ya en montes de helada brisa, sino en terribles laberintos de angustia. Bajo los rayos del gran astro lo ve vagar, seco, árido, en busca de un lugar que le regale algo de sombra y reposo. Sobrecogido, siente que los han abandonado. Espectros humeantes ve en el horizonte, sangrientos sacrificios con animales del más blanco pelaje, abismos interminables, eternos días sin noche. Ella despierta, sobresaltada, con las ropas húmedas aún.

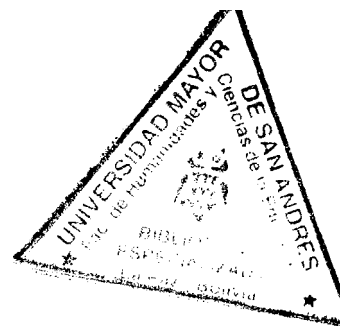
La tormenta ha cesado y las nubes pasan de un cruel gris a un tenue tono rosa. Todavía perturbada por lo visto en el sueño, se arranca, furiosa, los vestidos. Los deja abandonados en el lodo, se arrodilla, y clama piedad al inmenso vacío. Con ancestral amargura les reclama a los mayores por su amado. Sí hemos de morir, les dice, hemos de hacerlo juntos, pues juntos hemos nacido. Y, en la desnudez de su cuerpo, reconoce la soledad que la embarga, la remota verdad de su origen. Se sabe transportada desde un lugar muy lejano, escogida para cumplir los más altos designios. Se sabe unida a aquél que nació al lado suyo y sabe que igual destino les espera enfrentar, que la muerte les llegará en un mismo instante. Nos han creado para esta tierra, dice ella, para llenar de vida estos inhóspitos parajes. Con el filo de una piedra, se hace un corte en la mano izquierda y se unta el rostro con la sangre que mana de la herida. Determinada a no dejar morir a aquel que ama, llena de barro su cuerpo desnudo y se coloca un collar de piedras blancas,

mientras al oriente comienza a asomarse el gran astro. Con el contacto de los primeros rayos, un destello de luz se posa en sus ojos de ave y pronuncia en voz alta una sola palabra: ALQAMARI. Más tarde, cuando el astro brilla ya sobre el zenit, un ser alado surca el cielo. Las alas negras, roja cresta y una línea blanca que le cubre el pecho. Vuela decidida y regresa para posarse un momento sobre un vestido abandonado en la pampa. Emite un sonido agudo, mira a su alrededor y se vuelve a sumergir en los aires. Planea durante horas, siempre hacia el sur, hasta que por fin cruza más allá del lago. Desde lo alto de su vuelo logra ver a un pequeño ser, inerte sobre la tierra, y sabe que ha encontrado el único lugar propicio donde puede construir su nido.

V.

Temblores de ceguera blanca han anidado en mis pupilas, palomas sin rumbo fijo
Obligada mi voz a entonar una etérea melodía, te canto a ti, que no tienes todavía nombre
De amargas sales está cubierta mi lengua
y el sonido abandona los hostiles parajes de mi boca sólo para cantarte
Descienden rayos hirientes
incorpórea materia, esencia de este Gran Astro... mi padre
Recuerdo mi vara, mi báculo,
reducido ahora a un simple objeto desde que aquélla me falta
miro el cuarzo, cada una de sus seis caras
opaca reminiscencia del brillo que se llevaron sus ojos

Múltiples y oscuras voces se unen a la mía, compañía no deseada
parásitos inmundos que hechizan mi garganta
Desde aquel día en que abandoné mi lago, mi cuna, mi mama
te busco en el grave silencio de los desiertos
¡Gran señor del olvido! Ven a llenar mi ciega mirada
con el vértigo espiral que habita en la tuya
No huyas deslizándote de mis manos, no prives a mi piel de tu contacto
no permitas que recuerde el nombre que te otorgaron aquellos que hoy olvidaron el mío



Vapores de espectros me acosan jubilosos
sangrientas sus líquidas manos ahogan mi cordura
Abandonado mi cuerpo por la voluntad
he desistido de seguir tu rastro en los abismos de este anacrónico día
Terribles presagios se figuran en el horizonte
sombras cargadas de peste, luto y podredumbre
Me derrumbo con estrépito en los suelos y el sonido perdura en las horas
cual tambores de pieles reptiles
Inerte, terreno, casi barro, olvido el paso del tiempo
mas, en la lejanía, percibo el rumor de dos alas amantes
que se acercan a insuflarme con la dulzura de un trino
se acercan prestas a anidar en las huellas de mi llanto

Posada ella en mi hombro, reconozco en sus ojos las olas de mi cuna
reconozco el camino que debo recorrer para encontrarte
¡Gran señor de lo oscuro! he venido a contagiarte del lejano resplandor de los ancianos
Acude a la invocación del lago, escucha su femenino clamor, su súplica,
escúchalo llamarte por tu nuevo nombre
¡Katari! ¡Katari!
Surge de las entrañas de la tierra
hipnotízanos, hechicero, con tu caminar ondulante hasta atravesar nuestra presencia
Sumérgete en las aguas de nuestra madre y fecunda su helado vientre
fecúndala con el oro sagrado de tus lágrimas.

VI.

Tata Inka, amo de los truenos, pastor de los sueños

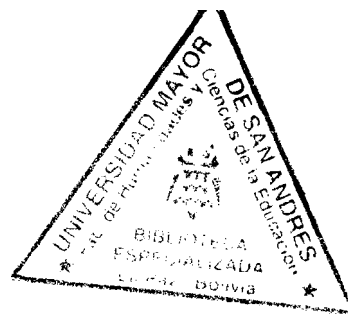
Tata Inka, señor de los valles, a ti vengo con presagios

Presagios, Tata Inka, leídos en las palmas de mis manos

Un trono, inmenso, hecho enteramente de oro se alza sobre una saliente de la pirámide principal. Tiene incrustados cristales de treinta y tres colores y todos ellos irradian un rayo de luz sobre los súbditos que se reúnen a los pies del templo. Cada cristal carga los códigos de un arcano saber, tan misterioso como secreto. Dueños de los saberes son los sacerdotes y el soberano. A ellos les ha sido encargada la misión de guardar el objeto más preciado, y el resto de los habitantes, a pesar de su ignorancia, comparte la armonía que irradia este objeto. Es temporada de ofrendas y los sacrificios se realizan con gran fervor y esmero. Las lluvias han llegado temprano, lo que provoca gran movimiento de animales y personas. Ancianos y jóvenes se reúnen para escuchar las palabras de su líder, descendiente de la primera serpiente de las aguas. Se encuentra él instalado en el trono con la vara heredada de sus ancestros. Desde aquella altura puede ver todas sus tierras, amorosamente trabajadas y tan prósperas como vastas. A su derecha se encuentra aquella virgen que llegó a deslumbrarlo desde una lejana isla. Su vientre fértil espera ser pronto fecundado con la luminosa semilla que duerme esparcida en la comunidad. A su izquierda los sabios esperan la señal para el inicio del cónclave. Los habitantes deberán unir sus pensamientos, para que de la vida vuelva a surgir la vida. Caen, eléctricas, las gotas y comienzan a sonar los instrumentos que imitan el furioso batir del viento. Cada uno de los habitantes se sumerge en el mismo armónico canto. Deben lograr comunicarse hasta unir las vibraciones en una única frecuencia. Laten los corazones al mismo ritmo, el aire es exhalado con igual intensidad. Poco a poco, se van asemejando a un gran ser, muticéfalo e iluminado.

Reflejada en el agua, una cara de satelital blancura, Tata Inka

*Esporas de invisible propósito, luceros orgánicos de malicia
Aprenderá tu heredero a cantar el cristal
Cabalgarán la resonancia olvidando su existir
Siempre más allá de lo vivo, Tata Inka.*



Un nuevo rumor se ha unido al de todos los presentes. Se sabe que pronto nacerá el príncipe, aquel marcado por el signo del cambio. La lluvia ha cesado en los valles, y puede apreciarse su lento avanzar por las plateas áridas que colindan con el gran lago. Los habitantes deben retomar sus funciones. La comunidad mantiene un respetuoso silencio para permitirles a sabios y ancianos interpretar el mensaje de los astros. El soberano y su esposa funden amorosamente la mirada, pues conocen ya el rostro inmaculado del primogénito. Ellos saben que deben dirigirse al altar mayor del templo. En él se encuentra el más sagrado de los objetos, el cual fue enteramente construido por los mayores de cabeza blanca. En la entrada cada uno debe purificarse con la ayuda del cristal incrustado en la vara del soberano. Deben ingresar con el corazón y la mente inmaculados y agradecer profundamente el privilegio del cual gozan. El mayor de los brujos encabeza el grupo, pues es el que mejor conoce los misterios de aquella cámara. Con calmado tono les indica el camino, descienden por las entrañas mismas de la pirámide hacia oscuros y húmedos laberintos. A cada paso el cristal de la vara brilla con más fuerza. Muta sus colores, a cada paso. Treinta y tres veces ha mostrado un tono diferente antes de tornarse blanco. El anciano mago se detiene, entonces, y con profunda voz les dice: Penetrar el portal del tiempo es olvidarse de uno mismo. Lo que nuestros ojos vean, a partir de ahora, lo verán todos los ojos. Un potente rayo luminoso se filtra por los intersticios del umbral, cubriendo a los presentes con una capa de líquido polvo. Ante el calor de esa bienvenida, el soberano empuja con fuerza la puerta que los separa de la contemplación absoluta. Una vez abierta, quedan enceguecidos por la luz que los transporta a la más sagrada de las revelaciones.

Tata Inka, yo soy reflejo sonoro que emana del disco

*Yo soy la voz viva del más oscuro de los miedos
Mutarás desde hoy tu ofídica piel
Conocerás la cepa largamente oculta, devoradora de brillo y sangre
Protegido lo sacro, largo sueño navegaremos sincronizados
Hacia la isla primera orientaremos nuestro canto*

Los trabajos que empiezan a realizarse en la pirámide se mantienen en estricto secreto. A pesar de ello, todos los habitantes sospechan desgracias, pues han sido invadidos por una extraña tristeza. La usual alegría de animales y niños se ha tornado en muda melancolía. El equilibrio del pueblo entero depende ahora del traslado del conocimiento pleno, encamado en el sagrado objeto que ocultan los sabios ancianos. A los súbditos les ha sido ordenado permanecer en los valles a pesar del impulso colectivo de huida. A medida que pasan los días, se dan cuenta de que uno de los cristales del trono ha perdido por completo su color y luz. Comprenden que lo mismo sucederá con los treinta y dos restantes. Los sacerdotes y los brujos emprenden personalmente la tarea de construir un pasaje por el cual puedan trasladarse cómodamente. El soberano observa cómo el vientre de su esposa va creciendo, pleno de vida. Se llena de temor porque conoce el porvenir de ese ser portador de desgracias, derrama lágrimas por la inminente invasión a sus amadas tierras. Así, el tiempo comienza a acumularse en el rostro de la gente, y sólo el avance del túnel y el crecer del aún no nacido príncipe, marcan el pasar de las horas. Ante la inminencia del nacimiento, llegan tres vírgenes parteras del lago sagrado. Las celebraciones previstas para recibir al heredero tienen un matiz ambiguo, pues ese mismo día se termina la construcción del profético pasaje. Dos diferentes melodías se dejan escuchar por todo el valle. Las mujeres, reunidas en torno a la habitación real, entonan el canto de la luz y los nacidos. Los hombres, en cambio, a las afueras del templo, le cantan a la noche de los muertos. El sonido se unifica en armónicas vibraciones. La eterna oposición de los contrarios abandona la lucha en ese único instante. El llanto del nuevo soberano, nacido con los ojos abiertos, marca el inicio del último reinado de la estirpe de las serpientes.

Treinta y tres vueltas al astro de agónica conciencia

Treinta y tres lágrimas, Tata Inka, derramarás en dorada isla

Contacto de dos esferas, ausencia de ancestral consejo

Dormirás en helada cuna, Tata Inka, dormirán las montañas

Hasta el último despertar en el lago sagrado.

VIL

Pues nada se va o se pierde verdaderamente.
En esto reside la fuente del mágico conocimiento del mago.
J. A.

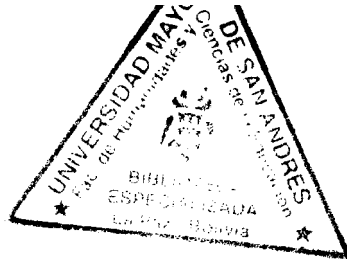
Ubicado en una grieta entre dos montes se alzaba un caserío altivo. Animales cargados de los frutos de la cosecha avanzaban por el camino de piedra, que llegaba hasta la ciudadela. El suelo fértil regalaba el alimento casi sin esfuerzos. En la comodidad de la abundancia, la gente dejó de agradecer lo recibido. En soberbia postura, ignoraron las enseñanzas heredadas de los ancianos y exigieron más de lo que la necesidad les indicaba. Fue así que un día la lluvia dejó de bendecir los campos. La tierra, cansada, ya no sentía el correr de los ríos a sus espaldas. Los árboles, asfixiados, vestían el manto de un invierno perpetuo. Los habitantes hicieron ofrendas, cantos y danzas para atraer la benevolencia de los mayores, pero no lograron recibir respuesta. Tres generaciones transcurrieron sumidas en el mayor de los silencios. Aquello que sembraron les fue devuelto insípido y seco. Con el pasar de los años, cada persona olvidó el propósito de su presencia. Se olvidaron de los astros, de la vara, de la resonancia del cristal. Desesperados, se disputaron el sustento entre hermanos de la misma sangre. Las horas transcurrían, implacables, con un amargo rumor que recordaba la ausencia de las aguas. Trece vueltas dio el satélite sin que pudieran percatarse. Los brujos, sin embargo, practicaron escondidos los rituales de un arcano saber; manipularon el fuego, que era la fuente primaria de la constelación del dragón. Los obligó el miedo a esconderse en el fondo de frías cavernas, pues eran vistos como portadores de peste y desgracias. Marcados por el rechazo de sus familias, decidieron asentarse en esas cuevas. Cada uno de los brujos convocaba, cada noche, a los patrones de la magia que les había sido otorgada. Realizaron ritos y sacrificios para llamar a la lluvia, pero sospechaban que era la tierra la que reclamaba tributo. Intentaron leer, en el límpido cielo que los cubría, alguna señal que les brindara consuelo. Un vago sentimiento pudieron reconocer en los astros, un recuerdo, un llamado, pero nadie pudo precisar su origen. Mucho tiempo

permanecieron escondidos, intentando rastrear la fuente de sus sueños. Tal fue el aislamiento al que se sometieron, que no llegaron a darse cuenta que en lo bajo de los montes la gente iba muriéndose una a una. Poco a poco, aquellos portadores de la magia fueron los únicos sobrevivientes en esas tierras. Obsesionados con adquirir mayores poderes que permitieran el retorno de la vida, ignoraron por completo sus tareas y permanecieron, casi inmóviles, a la búsqueda de alguna nube que les devolviera la esperanza...

De padre y madre brujos nació una noche oscura un pequeño varón. En una habitación fría fue recibido por primera vez el nuevo mago y en sus ojos negros se reflejó el temible furor del rayo. Grandes sucesos estaban escritos para él en los astros, pero nadie entre los que lo recibieron pudo interpretar los designios. Este ser encarnaba en sí las dos caras de los misterios ancestrales. El llanto que él profería como celebración de la vida, se reflejaba en las lágrimas de su padre, llorando a su esposa muerta. Para recibirlo adecuadamente, el brujo posó a su hijo junto a uno de sus animales, en una cuna de hojas sagradas. Éste bebió la leche y permaneció junto a la calidez de la lana durante varios días, al cabo de los cuales fue por siempre separado de aquella madre sustituta que lo había alimentado. Fue de esta manera que el niño llevó en su piel verdoso color y obtuvo el don de llamar al relámpago con la mirada, única herencia recibida del ser que lo había acogido como a un hijo. Día tras día se lo vio crecer bajo el símbolo del dragón. Mago desde su nacimiento, se movía libremente por los áridos parajes que el monte le ofrecía. El camino que llevaba al templo, tan transitado en los tiempos de prosperidad, yacía abandonado y olvidado. Las mujeres debían caminar largos trechos para llegar al reducido hilo de agua que corría lejos de las cavernas. Los hombres y las mulas luchaban con la dureza de los suelos, intentando conseguir un poco de alimento para sus hijos. Nadie podía ya escuchar el mensaje de los vientos, sentían sólo el resentimiento de su estirpe. Los pocos niños que nacían vivos eran criados bajo los preceptos del miedo. Todos menos el pequeño mago, pues no tenía una madre que lo esperara temerosa y, su padre, sin haber nunca abandonado el llanto por la muerte de su amada, permanecía al interior de las

cuevas, buscando un elixir que pudiera devolvérsela. Por las noches, sin embargo, cuando el Gran Astro dejaba de mostrar sus rayos, todos aquellos habitantes se llenaban de un soplo vital. Se sentían impulsados por fuerzas que ya no podían comprender. Se abandonaban a la búsqueda de las riquezas, deseaban penetrar otra vez en el templo con animales cargados de doradas espigas. Deseaban llevar las más vistosas túnicas para que todo aquel que pasara se asombrara de su elegancia. Permanecían en ese trance durante horas. Nunca fueron respondidos, hasta una noche en que un extraño destello surgió del mismo fuego. Retrocedieron espantados y se petrificaron en fascinante contemplación. Fue el niño el único que pudo acercarse, observar con detenimiento esa llama de fuego que se asemejaba a una serpiente alada. Rodeó ésta a los presentes con su vuelo, ascendió a la punta del monte, se enrolló alrededor de un árbol muerto y se desenrolló vigorizada, sólo para volver donde el mago y susurrarle un largo rato al oído. Cuando cumplió su cometido, volvió a la base de la fogata y desapareció en las brasas. Un gran silencio se apoderó de todos los que habían presenciado el vuelo, nadie se atrevía a hablar de ello. Lo interpretaron como señales de mayor desgracia, pues el fuego era, según ellos creían, lo contrario del agua que tanto anhelaban. Pero el mago había conocido un gran secreto y una profunda conexión se instaló en sus pensamientos. Comprendió y conoció el paradero de la lluvia, que había residido siempre en los fundamentos de su magia...

¿Cómo llegar a asimilar que el estar plantado en algún lugar, que el enraizarse en un punto de la tierra, es excusa para encarnar en todo lo vivo? ¿Qué hacer con el secreto de la tormenta, qué hacer con la ignorancia colectiva de todos aquellos habitantes del origen? El mago debe perderse en los oscuros abismos del miedo. El mago debe fusionarse con el terror de la muerte, fundadora del rayo artificial del tiempo. Él será quien bendiga a los suelos con ancestrales llantos, magnetizará la piedra con los poderes del rayo. En las áridas planicies se lo ve, a lo lejos, mientras gruesas nubes comienzan a cubrir el cielo. Caen las primeras gotas.



VIII.

Después del interminable recorrido, se sentó él a descansar, contento de haber llegado a su destino. En la gran puerta de la ciudadela le ofrecieron un poco de agua de tarwi mientras esperaba el siguiente mensaje. Conocía la tiranía de su oficio, la aceptaba, la convertía en su máspreciado tesoro. Nunca había estado en las entrañas de ningún pueblo, nunca había traspasado el umbral que ahora le servía de asiento. Siempre apresurado, apenas sí conocía a los encargados de encomendarle su tarea. Y así iba viviendo ya varios años, sin recordar caras ni caricias, sin retener miradas con sus ojos fugaces. Sólo el camino lo envolvía cual serpiente, sólo él conocía el rumor de sus pasos cuando se acercaban impacientes. Debía cargar con algo que no era suyo y cuidarlo como sí lo fuera. Había traspasado incontables veces el imperio. Encontró salados desiertos, ancianos gigantes de hielo, abismos y verdes valles llenos de ruido y de extraños seres. Pero de entre todas las imágenes, disfrutaba contemplando las aguas del lago porque le recordaban a su abuela, sus historias, sus arrugas, la fuerza de sus viejas manos. Cuando bebía de esas aguas volvía a escuchar a la anciana y añoraba el calor de ese hogar tan ajeno, tan escondido en su memoria. ¿Volveré a formar parte del círculo? -se preguntaba- ¿Terminará algún día este viaje en otra morada que no sea la de la muerte? No, se decía, la morada es para permanecer en ella y nosotros, los mensajeros, no tenemos rostro alguno para ofrecerle. No quedaba, pues, más remedio que continuar peregrinando, con la certeza de que las huellas se borraban el instante mismo de haberse formado. Los años fueron cayendo sobre sus espaldas sutil, casi amorosamente, suaves y ligeros como un lecho de hojas muertas. Esta vez, sin embargo, un extraño sentimiento se confundía con las palabras que tenía que transportar. Un olor, una certeza lo trasladaba a un pasado tan conocido como imprecisable. Se mantuvo así, congelado frente al abismo del recuerdo, pesado como si tratara de correr dentro del agua. El calor subía de las piedras y traspasaba su cuerpo cansado. Sus venas latían con tanta fuerza que creía poder escucharlas. Fue por eso que se sorprendió al encontrar una columna de humo en el horizonte porque ella le indicaba que el poblado estaba cerca y el mensaje presto a abandonarlo. Cuando

el fuego y las casas ya eran visibles, se sintió absorbido por el ambiente desolado que lo rodeaba. Por primera vez posó su mirada en la gente, esperando poder conservar sus gestos. Escuchó la voz de las mujeres que regresaban con la carga de la jornada. Las escuchó como si le cantaran, como si lo mecieran en la cuna más dulce. Los niños se acercaron a tocarlo e hirieron su piel con el contacto de sus felinos cuerpos. En su boca, como señal del cansancio que lo invadía, permanecía la sal que le ofrecieron sus lágrimas. Pero fue el olor, el olor que traía una muchacha que parecía hecha de barro, el que lo fulminó como un rayo. Allí, tendido sobre la tierra, le llegaron voces entre sueños, voces nuevas, voces amantes, voces conocidas.

Hay un día, entre todos lo que puede llegar a vivir un hombre, en que se condensan los recuerdos de lo vivido y lo por vivir. A ese día, marcado desde el nacimiento, nos dirigimos como encantados por un hechizo del tiempo. Así, en este particular día, todo lo acostumbrado se hará nuevo. La tierra será tocada por el astro al igual que lo fue aquella vez primera. Las gotas caerán en los suelos con el mismo júbilo con que lo hicieron al empezar los años. Cada bocanada de aire celebrará el momento en que ingresa en los pulmones vírgenes de un recién nacido. El contacto de piel con piel hará que la sangre quiera salir galopando de las venas. No habrá objeto que pueda esconderse de su mirada ni sonido alguno que vuele huyendo de ser oído. Ese día, en ese hombre, el universo será él y él será el universo. Las horas le harán reverencia y evitarán, respetuosas, agolparse sobre sus hombros. El crepúsculo teñirá todo el cielo de rojo sólo para deleitarle. Y, con la salida del satélite, será bañado con la blanca luz que nos envía el olvido. Cuando la certeza de esa jornada lo haya abandonado, solamente el olor será capaz de devolvérsela. Un olor nuevo, ancestralmente conocido, volverá a transportado hacia esas aguas. A partir de ese día, entre todos los que puede llegar a vivir un hombre, lo que antes estuvo relegado a las espaldas quedará enfrente. Lo que antes fue insignificante habrá de tornarse magnánimo. La revelación de la muerte será, entonces, nada más que un simple recuerdo traído por las alas de ese olor.

Nunca le hubo deleitado el despertar como aquella agónica tarde. Un par de manos suaves y serviciales le refrescaban la frente con un paño. Lo último que habían visto sus ojos era también lo primero: la muchacha que cargaba con ese olor era la que lo estaba cuidando. Le cantaba canciones como a un niño y le limpiaba el rostro como si fuera un hijo suyo. El mensajero intentaba reconocer la dulzura de ese contacto, pero sabía que nunca le había sido brindada por nadie. Y el olor lo invadía y lo llevaba a otros tiempos, tiempos en los que su abuela le enseñaba los secretos del camino, la soledad de las palabras ajenas. Deseaba, más que nada, poder mirar los ojos de barro de la muchacha, pero la vergüenza de haber olvidado el mensaje se lo impedía. Sabía, sin embargo, que su llegada al poblado obedecía a mayores voluntades que la suya, que todo lo recorrido apuntaba a converger en ese lecho y con esa mujer salida de la tierra. Sabía que el azar no podía intervenir acompañado de ese olor. Fue así que se armó de valor y logró que sus miradas se tocaran en un espacio y un tiempo ilimitados. Las palabras, que él había aprendido a manejar y moldear según su antojo, se negaron a participar en el encuentro. En aquel instante, no existió nada que no fuera aquella mirada fundida con el infinito. Muchas vidas pudieron haber pasado en el transcurso de ese encuentro, pues los minutos se congelaron en señal de respeto. Justo a la hora del atardecer, cuando el gran astro escondía su luz de los hombres, mensajero y muchacha conocieron la magnitud de lo inmenso en la mirada ajena. Él supo que su camino tenía que terminar en el vientre de aquella mujer, casi niña. Y ella asintió, sonrojada, porque sus cuerpos empezaban ya a confundirse en uno solo. ¿Habrá existido alguna vez el amor -se preguntaba él- habrá existido fuera del contacto de nuestras pieles? El amor como el nuestro, le dijo ella, vuelve y se repite y es uno solo. Es firme, instantáneo, fugaz como tus pasos. Su vida es tan larga como la de una gota de lluvia, implacable como el fin que ésta espera cuando ve llegar los suelos. Así, aquel hombre, que conocía las soledades agazapadas de los caminos, pudo encontrar un ser que comprendiera su imposibilidad de quietud. La partida era no sólo inminente, sino necesaria.

Nada hay más cruel que un camino que se bifurca. La elección será irrelevante, solamente puede caminarsse uno solo. Senderos paralelos se encontrarán siempre que una decisión sea necesaria. Sin embargo, el día del nacimiento se habrá determinado el mapa del caminante. Así, el camino que se elija no será más que la confirmación de ese mapa cósmico. Muchas y variadas cosas deberán abandonarse a cada cruce con el único consuelo de aquello por encontrar. Cuando llegue el momento en que la vida tenga que apagarse, será el olor el que anuncie la proximidad de la muerte. El caminante deberá, entonces, aproximarse sin miedo, sin historia, presto a diseñar un nuevo mapa que será conocido por él y por él solamente. Todo lo que haya sido previamente abandonado, todas las imágenes, sensaciones, miradas, contactos, todo su universo se condensará en un instante. No habrá nada que pueda escapar a su corazón porque el tiempo habrá abandonado, al fin, su lucha. Un amoroso canto, el canto de sus ancestros, el canto de su estrella será la única compañía aceptable para ese viaje. Cualquier carga que hubiese sido asignada deberá ser relevada al primero que amorosamente la reciba. De esta manera, el fin será, también, un principio y el principio marcará, de algún modo, un fin. Ante la señal infalible del rayo, el caminante deberá sumergirse en las aguas de lo desconocido, sabiendo que nada hay más necesario que un camino que se bifurca.

Muchas noches han transcurrido desde aquella del encuentro, muchas lágrimas, remordimientos, mucha culpa. Se encuentra él, otra vez, caminando solo. El ofídico sendero, que no lo llevará a ninguna parte, carga en la espalda el resentimiento del mensajero. No existe ya camino que pueda llevarlo de vuelta con su amada, retroceder es imposible. La cantidad de años que lo han abandonado es imprecisable. Sólo la blancura de sus cabellos y los surcos en la piel de su rostro dan cuenta de ellos, pues su caminar continúa firme y fugaz. Nadie supo la razón, pero desde cierta ocasión en que hubo olvidado un mensaje, le fue imposible retener las palabras que debía trasladar. No le encomendaron nada desde entonces, mas la costumbre de encontrarse en constante movimiento le impidió asentarse en algún poblado. Se encuentra, esta vez, muy cerca del lago

sagrado y le es inevitable pensar en su abuela. Ya casi no recuerda el color de su voz o el brillo de sus ojos, pero sigue escuchando aquello que le dijo el día en que inició el viaje. En ese entonces le fue imposible comprender lo que decía la anciana, pero ahora las palabras vuelven a florecer con un sentido nuevo. Reconoce un extraño sentimiento largamente olvidado y puede ver, acercándose, a un joven mensajero. Al igual que en él, su rostro es prácticamente indefinible, huella de la carrera por los mensajes ajenos. Mas hay algo en el muchacho que llama profundamente la atención del viajero: un particular y penetrante olor, el olor que quedó en un lecho lejano después de un amoroso encuentro. Cuando pasa por su lado, casi tocándole, puede sentir en ese niño el aroma de un dulce canto de tierra. No se vuelve a mirarlo porque los relámpagos ya empiezan a acercársele, y sabe, mediante ellos, que lo desconocido lo llama y que ya está esperándolo en las aguas del lago.

IX.

Yo soy el habitante subterráneo de los suelos. Yo soy tierra de la tierra, soy el silencio de las vivas voluntades del olvido. Desde el principio de los tiempos me encuentro escondido del viento, portador de luz, agua y consuelo. En esta cueva sólo hay frío, sólo hay noche y recuerdos donde reposar la osamenta de mi espíritu. Amorosamente, hace ya tanto, decidió una mujer hermosa, de ciegos ojos negros, abandonar las oscuridades de la superficie ante la noticia del nacimiento del Gran Astro, nuestro padre. Difícil fue la tarea durante las primeras noches, pues la tierra reclamó lo suyo y fue corroyendo nuestra carne poco a poco. El ardor, indescriptible, de los gusanos devorándonos la piel fue lo único que conocimos en esos primeros tiempos. A ti te lo digo, a ti que escuchas mis lamentos en albóreas horas, a ti que temes con los aullidos de mis huesos, no olvides el tributo que te pide nuestra madre, no dejes de sentir el polvo que trae el sudor de los trabajos. Penoso fue el transcurso, ardua y cruel la espera de las horas sin horas. Sobre mis espaldas sentí cataclismos, transformaciones, doloroso el parir de los pétreos suelos. Conocí la helada faz de los ancianos, su inmensidad inamovible, y conocí sus más íntimos secretos. En sus entrañas vivo un día infinito que comenzó con la luz, con los cuerpos tibios convertidos en piedra. Esos seres ancestrales, que me acunaron y recibieron cuando me hundí en sus concavidades, llevan en los cabellos las palabras de los mayores. Esperan, pacientes, el día en que el mago sea capaz de descifrar su mensaje. Toda la sabiduría, todo el conocimiento que nos legaron aquellos sabios del continente se hallan condensados en el corazón de los gigantes. Al principio de mí encierro, cuando la soledad me gritaba locuras al oído, fueron esos pequeños destellos de seis caras, multicolores, multifónicas, perfecto estado de agua petrificada, los que me cantaron melodías de amor sin cuerpo. En las voces de aquellos cristales pude reconocer la misión de los de nuestra especie. Me enseñaron lo pasado, lo vivido y lo por venir y me otorgaron las palabras que hoy soy capaz de transmitirte, a ti, que puedes escuchar las melodías de la tierra. Profético fue el fin, obediente a voluntades sin inicio. Del continente sólo quedamos nosotros en esta pradera subterránea y cristalina. Del continente sólo quedas tú, dormido en los símbolos

indescifrables del disco de oro. Las historias te serán reveladas como me fueron reveladas a mí, bajo el embrujo de un cristal transparente, capaz de hacernos recordar nuestra propia muerte.

Existe, a las afueras de un poblado, una extensa ciudad habitada por tumbas solamente. Cual jardín dormido durante el invierno, esas pequeñas construcciones dan testimonio del silencio de los años. Ningún hombre se ha atrevido a traspasar sus umbrales, pues los olores de la muerte son capaces de despertar el más profundo de los miedos. Durante treinta y tres generaciones la ciudadela ha permanecido en un forzoso olvido, ignorada por los únicos seres con el poder de despertarla. Un buen día, sin embargo, algunos niños y jóvenes del poblado comienzan a sentir un hondo temblor portador de presagios. Sólo ellos pueden reconocer en él el llamado inconfundible de las tumbas, sólo ellos escuchan el mensaje...

El día en que el encantamiento del sueño termine, mi despertar será también el tuyo. Sutilmente escucharás en el viento los pasos del gigante que se yergue. En cada una de sus tres cabezas se cantará una melodía diferente, será un canto de hielo. Sus faldas crecerán con las nubes que lo abrigan, lo cubrirán todo con su seno. Mi hogar, mi paisaje de cuarzos y amatistas, sucumbirá ante el fuego líquido del llanto de la tierra. Así, los pensamientos helados del gigante se combinarán con el ardiente sentir de sus entrañas y ambos harán latir cada vena al ritmo de tiempos nuevos. En esa mágica implosión, en ese ancestral encuentro, podrán transcurrir eternidades en el simple batir de unas alas. El disco brillará de nuevo, como lo hizo la vez primera, y revelará la magnitud del símbolo de cada uno de los habitantes. Saldrá, pues, radiante de su escondite, fecundando los suelos con el oro de su transcurrir. Todos los saberes olvidados, todas las lágrimas que derramaron aquellos seres del continente, se unirán al canto de los gigantes ancianos. Será el disco el que nos dirija al orden primero, al orden que los mayores destinaron a nuestra estirpe. Para ello, será necesario encontrar la vieja vara traída a nosotros por la pareja originaria. Esta vara, que recorrió agua,

desiertos, islas, imperios, que conoció la tibieza de la sangre de los guerreros, las tiranías de la codicia, el inconfundible sonido del miedo, el color gris del abandono, será hallada sucia y lastimada en el fondo del baúl de un oscuro usurero. Para poder encender la luz de su cristal tendremos que llorar la melodía de los mayores, tendremos que ponernos en contacto con la eternidad de su palabra. Cuando el encantamiento del sueño nos abandone finalmente, las olas del lago crecerán cual inmensos muros. Las islas que habitan en sus espaldas serán cubiertas y arrasadas por las aguas, como un intento de borrar los rastros que el tiempo ajeno forjó en ellas. Los tesoros escondidos saldrán a la superficie y serán vistos solamente por los navegantes de totora, por aquellos que habitaron y alimentaron a ese lago como a una madre. De igual manera, los seres que se encontraron por siglos dormidos en el fondo del oleaje, abrirán otra vez los ojos hacia el cielo. Saldrán primero los pumas de líquida mirada, rugirán jubilosos a los astros y llamarán a las sirenas, sus amantes, para que con sus voces despierten a la serpiente innombrable y a sus aves sagradas. Cuando todos se encuentren preparados para el despertar definitivo, nosotros, los guerreros de la tierra, asomaremos otra vez nuestros huesos al viento de la superficie. Ante la imagen de nuestros desnudos cráneos se horrorizarán los que no supieron escuchar las advertencias. Así, cubriremos nuestros cuerpos con la carne de los caídos y le daremos nueva misión a sus miembros entumecidos. Mientras ese día llegue, permaneceré enterrado intentando hablarte, habitando estas cuevas subterráneas, transmitiéndote las revelaciones del cristal.

Una vez que los jóvenes comienzan a interpretar el mensaje que les lleva el temblor, se sumergen en un silencio irrompible. El resto de los pobladores observa el cambio de los pequeños con profunda preocupación. No pueden comprender la manera en que ellos se comunican, pues las palabras ya no les son necesarias. Al anochecer los observan alejarse hacia la olvidada ciudad y no saben cómo son capaces de moverse con tal destreza en la más negra oscuridad. A medida que pasa el tiempo, esos niños comienzan a reconocer la magia que sus padres no supieron conservar. Es, entonces, mediante esta magia que los secretos de los

muertos dejan de penar en las tumbas. Es así como vuelve a nacer la perdida
estirpe de los magos.

*Cuando el encantamiento del sueño sea sólo eso, un sueño, saldré a la luz, veré
sus rayos por primera vez. Sentiré el cálido abrazo de mi padre, por primera vez.*

X.

Yo soy el único descendiente de una gran estirpe ya perdida. Dicen que cuando nací, la tierra se estremeció al recibirme. Todavía llevo en la piel la marca de ese primigenio abrazo, la huella pétrea de sus manos acogiéndome en su seno. Mis antepasados, en remotos tiempos, habitaron un imperio, una ciudad de descomunales dimensiones. Construyeron casas, templos, monumentos que parecían tocar los cielos, todo con la sola fuerza de sus brazos. En sus inmensos rostros, se dice, no existía huella alguna que permitiera contacto. Sin embargo, eran capaces de ver, oler y hablar sin necesidad de movimiento. Descubrieron así una forma de comunicarse al margen del tiempo, donde eran innecesarias e inútiles las palabras. Conocieron los secretos de los astros más que ningún otro pueblo y fueron por ello los más amados de esas tierras. Los gigantes de hielo, sus hermanos, los hacían llamar en busca de consejo. Nadie supo nunca la manera en que llegaban hasta las faldas de los inamovibles ancianos, pues se encontraban en una meseta prácticamente inaccesible. Se dice de ellos que atesoraban una sabiduría diferente, que tenían otro tipo de contacto con los suelos. No cultivaban sus alimentos ni criaban animales para ello. La manera en que subsistían permaneció siempre en el misterio. Muy pocos foráneos lograron acercarse lo suficiente como para comprenderlos o, por lo menos, observarlos, pero las leyendas que rodeaban sus costumbres abundaban en los alrededores. Lo que más impresión causaba era el silencio. A pesar de que sus construcciones eran visibles a gran distancia, nunca se escuchó sonido alguno en el momento de la edificación. Las torres aparecían de súbito, como si hubieran estado allí eternamente. Se cuenta que incontables veces los jóvenes se acercaron a la meseta para probar su valentía. El que más cerca llegó fue un labrador solitario. Fascinado con los poderes de aquellos seres, el joven se internó hasta el portal mismo de la ciudad. Lo que haya sido visto por el muchacho nadie pudo averiguar, pues cuando regresó abandonó el consuelo de las palabras para sumirse en el más terrible de los silencios. Día tras día mudaba el color de su piel y se le endurecía la mirada que antes fue ¡nocente y dulce. El miedo comenzó a crecer entre los pueblos colindantes debido a la transformación del labriego, que ellos

atribuían a los hechiceros de la meseta_ El muchacho iba creciendo a una velocidad que atemorizaba a los más sabios y su faz, que fue admirada por las mujeres más bellas, se iba difuminando en la inmensidad de un cuerpo que adquiriría proporciones monstruosas. Para cuando la transformación hubo terminado, no había ya ser alguno que pudiera aliviarle la soledad de la metamorfosis. Todos se habían ido. Una tarde, sin embargo, cuando sumergía sus descomunales manos en la laguna, percibió una melodía en los vientos. Era un canto de amor que rasgaba despiadadamente el silencio, lo rasgaba como la luz a las tinieblas. El labriego, casi inmóvil por la magnitud de sus miembros, se incorporó con movimientos imperceptibles, en los cuales delataba la inquietud de su entumecido corazón. El sonido provenía de una mujer, una tejedora que había regresado para no dejar solo al muchacho. No le importaba ya que su cuerpo sufriera el mismo cambio, sólo quería permanecer a su lado. De los misteriosos habitantes de la meseta no se volvió a saber nada. Lo único que hacía notar su presencia eran las furiosas tormentas que allí se desataban. La pareja vivió muchos años escondida del resto de las personas por temor al rechazo a su apariencia singular. Cuando nacieron sus hijos pudieron percatarse que no eran caminantes del silencio, por lo cual fueron enviados a una ciudad lejana, con la esperanza de que fueran criados lejos de esas tierras. De aquellos dos seres de piedra, de aquellos habitantes de extrañas potestades, solamente quedo yo. Soy el último heredero del transcurrir en los márgenes del tiempo. Mí madre, consciente del fin de nuestra raza, se ocupó de construir en mi memoria las imágenes y la historia de aquella amada estirpe. Fue por eso que el día de su muerte, cuando sus venas acallaban sus latidos, me encomendó la tarea de regresar a los orígenes de mí sangre. Volverás a la gran ciudad, me dijo, y conocerás el secreto que esconden sus abismos...

La luz es movimiento. Luz de seis, luz de incógnita conciencia. Fundadora del tiempo, es la que nos concede el movimiento, pues fuera de ella sólo existe la quietud. Se dice que hay un solo lugar en toda la vastedad del universo donde la luz se somete a voluntades nuevas. Los seres que habitan ese espacio conocen el

poder del canto que no tiene sonido. Son los domadores del silencio. Nadie ha sido capaz de llegar a pisar esas tierras y, por ello, nadie conoce en verdad la magnitud de esos cuerpos capaces de convocar al trueno. El caminante que desee adentrarse en los titánicos y desolados terrenos, deberá recibir un inconfundible llamado. Para iniciar el viaje que lo lleve de retorno a su cuna, será consciente del peso ancestral que lleva sobre los hombros. El caminante se quedará solo. No existirá nadie capaz de arrebatarse la angustia de ser el último, de ser el fin. Una vez que haya podido abandonarlo todo, comenzará a recorrer los senderos marcados por el poder del rayo. Será esa señal la única guía que lo pueda llevar de regreso. Atravesará un gran valle en el que los animales abundan. Huirán ellos, sin embargo, aterrorizados por la fuerza de los pasos que este caminante habrá adquirido. Llegará al gran camino de piedra y ascenderá penosamente hasta la helada planicie donde no encontrará más que frío y viento. El caminante podrá, entonces, reconocer en el firmamento el luminoso haz que le envían desde su destino. La quietud lo invadirá desde afuera. No existirá el movimiento fuera de su propio cuerpo. A cada paso se le hará más difícil concebir el siguiente. A pesar del infinito esfuerzo que deberá emitir para continuar el camino, no desistirá ni lamentará su suerte. Cuando se interne en la morada, en el concejo de los ancianos gigantes de hielo, sentirá cómo sus pies se unen al suelo que pisan, como si reconocieran ese latido subterráneo acompasado al suyo propio. Desde lo alto de la cabeza del más majestuoso de los ancianos, observará por primera vez, y a lo lejos, el reflejo cristalino del océano. Derramará seis lágrimas recordando a su madre, seis lágrimas que, años más tarde, se unirán a las saladas aguas que contemplaba al derramarlas. Llegará un momento en el que tendrá que abandonar la nieve de las cumbres para proseguir el viaje. Profunda será la tristeza que sienta al abandonar a los gigantes, pues ellos se habrán convertido en sus guardianes. Realizará una ofrenda para agradecerles los cuidados. Llamará a los vientos y a los rayos y derramará unas gotas de su sangre en señal de respeto. Al proseguir el camino, podrá darse cuenta de la bienvenida que le van ofreciendo los seres que rodean el lugar. Sus pasos ya no atemorizarán a los animales, y éstos se le acercarán humildemente a pedirle algún tipo de

contacto. Las aves cantarán melodías de amor que le traerán un recuerdo ajeno, serán ellas como anuncios de algo que fue largamente esperado y que se encuentra pronto a llegar. Así, rodeado de un cálido sentimiento, leerá en las piedras el próximo y familiar abrazo y descansará a orillas de un pequeño río. Durante la noche escuchará lejanos truenos y percibirá fugaces relámpagos en las alturas. El llamado será inconfundible. No podrá, siquiera, esperar a la salida del Gran Astro. Sus piernas se arrastrarán entre las aguas de la tormenta, desesperadas de terminar el ascenso que lo lleve a la meseta. Llevado por un magnetismo, una atracción que le es imposible comprender, llegará hasta el umbral de la ciudad perdida. El sonido de los truenos, los relámpagos y la caída del agua cesarán de súbito. Será solamente el silencio. El pálido satélite se asomará con timidez detrás de una nube, pero su luz no logrará penetrar en las ruinas. El caminante lo abarcará todo con la mirada. Cada monumento, cada construcción parecerá estar dotada de una extraña vitalidad. A medida que las nubes se disipan, los luminosos rayos cambiarán la faz de esos inmensos bloques de piedra. Estos bloques, moviendo sus miembros sin realizar movimiento alguno, le señalarán una zona al caminante, una zona sumida en la más pura oscuridad. Antes de aproximarse sabrá que es allí donde se encuentra el secreto largamente buscado. La luz no será capaz de acercarse junto con el caminante, deberá aproximarse solo. Percibirá cambios en el ambiente a medida que la oscuridad lo invada. Una vez que se encuentre al borde del misterio, en el vértice mismo del abismo al cual se someten todas las cosas, no le quedará otro remedio que caer, dejarse ir hacia el enigma del infinito...

Existe en otras tierras, en otros tiempos, un angosto portal que colinda con los castillos sagrados y terrenos, con las aristas guardianas del secreto. Puede verse, a lo lejos, un diminuto ser que acaba de abandonar el inmenso umbral. Camina, desconcertado, observando los rostros que le ofrecen los peñascos. Una vez que ha ascendido hasta la cima de una loma desnuda, se ofrece ante su vista, majestuoso, el anciano gigante de tres cabezas.

XL

Sobre la caricia de la lumbre se han erigido los pueblos. Se dice del fuego que fue creado por el poder del rayo, en una de las noches eternas. La tierra se encontraba entonces vacía y endurecida por la ausencia de luz, incapaz de albergar movimiento en su seno. Las aguas no habían llegado aún, pues era antes necesaria la huella desconocida del calor. Durante tiempos inconmensurables los cielos y los astros fueron atraídos hacia la tierra, hacia su calma espera, hacia la infinita dulzura de su seca faz. En un instante que atravesó el firmamento, los mayores se abandonaron a la fuerza con que eran llamados y decidieron fulminar los suelos con el masculino golpe del relámpago. Nada había rasgado la imperturbable oscuridad hasta ese momento, y fue por eso que el fulgor de la descarga perduró y perdurará en el recuerdo de los vientos. La llama surgió instantánea, etérea, inconfundible. Se asentó en la superficie sin dudar, como si hubiera existido siempre en ella. Poco a poco, fue esparciéndose cual arroyo portador de calor y esperanza, hasta llegar a los confines más remotos. No pudo ser detenida hasta que había fertilizado la inmensidad de los suelos, hasta que había rodeado el amado rostro de la tierra. Se dice que el fuego es el origen de la vida, se dice que la vida es el origen del fuego. Se dice que las revelaciones surgirán en cada color de la llama, que la voz de los lejanos mayores habita en las concavidades de su fulgor. Sólo en el fuego será posible conocer la medida de los astros, sólo en él podrá converger el magnetismo de la dualidad eterna.

Me encuentro solo aguardando el día, esperando la luz que me permita un nuevo principio. He caminado por los helados campos y sólo encontré la compañía de la brisa y de su canto. Sé que algo busco, presiento el vacío que me supera en los ecos límpidos de esta abismal noche. He nacido incompleto, me digo, he sido arrojado, condenado a una búsqueda tan ciega como inescrutable. Pero sé, también, que no hay ser que no presienta la carencia. Reconozco que no soy el único. Sin embargo, en estos oscuros tiempos, nadie más que yo pernocta aún buscando la mitad perdida. He visto a mi gente alejarse en compañía de los suyos,

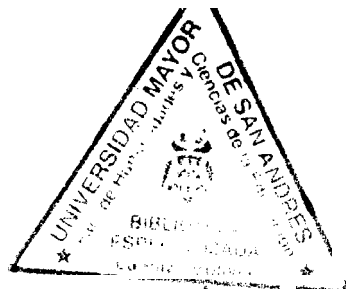
jubilosos por el encuentro de alguien que los complete. Los he visto engendrando vida de la suya propia, amando diminutas manos que salieron del pacto cristalino de su sangre. Pero yo permanezco, permanezco sin creer ya en que sea ella la que me falta, sin conocer su mirada tal vez inexistente. Ahora que no hay mujer que pueda mostrarme el cálido camino, no me queda otro remedio que bañarme en la soledad que me ofrece este páramo. Intento ofrendarle a la tierra lo poco que queda conmigo, con la remota esperanza de una respuesta a mis ruegos. Le entrego un trozo de la piedra que me fue entregada al nacer, la que conoce los secretos del magnetismo; un poco de lana de mis animales ya perdidos; un mechón de mis cabellos, que comienzan a mostrar plateadas hebras; y, por último, unas gotas de sangre que chorrean en el centro. Me pongo de rodillas junto al triángulo de objetos e intento establecer contacto con los mayores. Entono la canción transmitida a mí por mis ancestros y espero. He realizado este rito desde mis primeros años, y es por eso que me doy cuenta de que algo no está funcionando. La tierra no desea recibir mi ofrenda, los mayores no manifiestan su presencia. Me pregunto la razón de esta quietud, los fundamentos de este abandono, de este silencio. Busco en mis recuerdos la voz escondida de los habitantes del tiempo sin tiempo. Seguro de que en mi memoria se encuentra la clave, vuelvo a escuchar la melodía dulce que me trae la brisa. Así, en un susurro casi imperceptible, logro descifrar una palabra inconfundible: fuego. La revelación me golpea el cuerpo entero. La cuarta era ha terminado y comienza un quinto orden, un orden que quizás me permita el tan ansiado encuentro. Parto, entonces, a recolectar piedras y ramas secas para completar la ofrenda. Extiendo los vértices del triángulo y agrupo lo necesario en el centro, sobre las gotas de sangre. Golpeo con fuerza dos grandes piedras sobre el ramaje. A cada chispa, a cada fulgor, se pone en manifiesto una promesa, se sientan las bases para una fusión futura. A lo lejos, en el horizonte de este desierto páramo, comienza a teñirse el cielo de pálidos colores. En un segundo que transcurre estruendosamente, coinciden los primeros rayos del Gran Astro con la primera explosión de la llama. Vuelve la risa a mis labios, vuelve el calor a mis venas. Abandono esos parajes.

Las ardientes lenguas no toleran el olvido. Una vez que el fuego surja en el corazón del guerrero, no habrá fuerza capaz de extinguir su ímpetu. Podrá perderse en los senderos del miedo, podrá imaginar mundos, alegrías, caricias, pero nunca podrá escapar a los símbolos grabados en la mente. Podrá ignorar el llamado ancestral que le transmiten sus cabellos, podrá esquivar miradas, melodías y palabras, pero no sabrá olvidar el pacto sellado más allá de sus manos. Cinco veces caerá la espada antes de regresar a su morada subterránea. Cinco gritos conmoverán al crepúsculo, como invocando la llama dorada, la verdadera manifestación de calores astrales. Cinco encantos alejarán el abrazo de la única pareja, para propiciar el contacto de sus bocas sedientas, para fecundar el vientre que despertará a la estirpe. Sólo ella conocerá el sonido que deba llevarlo de regreso a la lumbre. Será la primera en reconocer sus pasos en las piedras y propiciará reuniones con el olor de su piel amante. Cuando las brasas anuncien la agonía de los tiempos, será ella la que lo vea venir, saltando entre los montes con felino movimiento.

En nombre de una espera insondable permanezco a orillas de este lago. He abandonado mi vestido en la pampa hace muchos días. Permito que la humedad que asciende de las aguas me acaricie el cuerpo: mis brazos ansiosos de su aliento, mis pechos conspirando un futuro, mi vientre vacío aún de pálidos delirios. Intento adivinar los matices de ese rostro que me ha obligado a despedirme de mi pueblo, a leer señales en la arena. Deshago mis largas trenzas para permitir que dancen con la melodía de los vientos. Los árboles se unen a mi deseo, susurrando compases con las deshojadas ramas. Cada inclinación, cada giro, me devuelve las lágrimas que derramaron ellos, mi madre y mis hermanos, el momento en que decidí no unirme a su peregrinaje. No comprendieron el sentimiento que me inundaba, que me anclaba a esas tierras sin remedio. Clamaron cordura a los mayores en ceremonias que tenían el propósito de ubicar a dos seres y unirlos eternamente. Llegaron muchachos de diversos lugares: algunos con fuertes espaldas, otros con infantil mirada, y uno con ondulante e hipnótico caminar. Pero

yo sabía que ninguno de ellos era el que yo esperaba. Así, con la certeza de que un hechizo me había arrebatado el entendimiento, se despidieron a las afueras de este pequeño bosque. Desde entonces, en las tardes respiro los aires que me trae la marea, intentando descifrar en ellos un mensaje, un aroma que me indique la proximidad de su incógnita sonrisa. Esta noche, más que en cualquier otra noche, permito que el frío inunde mi desnudez, que haga grietas en mis mejillas. Puedo sentir cómo penetra hasta mis huesos el soplo helado que se levanta del suelo. Detrás de la loma que se encuentra enfrente, comienza a asomarse el satélite, blanco, puro, inalterable. No muestra aún la totalidad de su faz, pero se presenta completo cual semilla, anunciando una oscuridad fecunda. Me envuelvo el cuerpo en mis cabellos, dispuesta a entregarme sin resistencia al congelamiento de mi sangre. Comienzo a sumirme en un letargo dulce, tan dulce como la espera que pesa sobre mis hombros. Lo llamo, le hago promesas que me bañan de luz, le recuerdo los ojos de una niña que jugará en estos campos, le dibujo una mano aferrada a la suya. Ante la proximidad de la visión, mi ser comienza a vibrar en una frecuencia nueva y es por ello que no me percato de que las nubes han cubierto los cielos. Los truenos comienzan a ofrecer su grave canto, pero no logran arrancarme del júbilo. En mi mente comienza a formarse una imagen que no logra ser asida por la palabra. Concentrada, intento darle un nombre a esa sensación, letra a letra, sonido a sonido. Cuando me encuentro a punto de completarla, me enceguece la luminosidad de un relámpago, me invade el estruendo del rayo que cae a mis espaldas. Los árboles del bosque comienzan a arder en sorpresivo gesto. Busco mi vestido y me lo pongo, me trenzo los cabellos y espero.

Sólo el fuego logrará unir a los opuestos. Sólo en él navegarán sin rencor las más contrarias potestades. Será siempre un luminoso portal, quinta fuerza brindada por el amor etéreo. Cuando descienda a los suelos la totalidad de su poder, habrá llegado a su fin el gran ciclo del sueño.



XII.

En la orilla de un río, surcado por piedras de inmensas proporciones, se la puede ver lavando la ropa en una cálida tarde. Ha realizado esta tarea desde siempre y su vida no se ha visto alterada por ningún tipo de sobresalto. Cada mañana desciende del cerro en el que vive, cargada de las prendas que le han sido confiadas por sus hermanos. Permanece casi todo el día en contacto con las aguas y, mientras remoja ya un vestido, ya un poncho, se abandona al susurro imperceptible que le lleva el río, que sólo puede ser percibido por ella. La única manera de vivir que ha conocido ha sido esa. A lo largo de muchos años, cuando era aún una niña, observaba a su madre descender desde el poblado con las prendas. Su abuela, que formó parte de los primeros pobladores en asentarse en esas tierras, marcó sus pasos en el camino y abandonó la espuma en los torrentes. En esa tarde, sin embargo, puede sentir en la húmeda brisa que la rodea un inconfundible cambio, y ella sabe que se debe a lo ocurrido hace dos noches. El muchacho con el que ella ha crecido, aquél al que ha conocido durante toda su vida, habló con su padre para pedirle que sea su esposa. Grandes celebraciones se organizan en el poblado, pues esperan que el casamiento se produzca antes de la llegada de las siembras. Así, apenas a unas semanas del perpetuo compromiso, la joven mujer siente la culpa de ser la única que no comparte la emoción que ha invadido a todos los habitantes de ese sagrado cerro. Un grupo ha partido en busca de animales para el banquete. Otro, recorre los cerros vecinos para extender la invitación a todos los pueblos colindantes. Las tejedoras se encargan de la vestimenta y tejen con gran frenesí el más delicado de los rebozos. Los padres de los novios se dedican a la construcción del hogar que deberá acoger a la futura pareja, mientras que el muchacho trabaja en el barro para elaborar los muros en los que espera albergar la felicidad largamente prometida. Pero ella prefiere el río, no conoce la manera de abandonarlo. Sumida en el temor de cometer una falta que podría serle imperdonable, decide consultar a una sabia anciana que habita en las faldas de una de las más altas colinas. Después de darles aviso a sus padres, parte al anochecer con rumbo al norte. A pesar de que el pálido satélite se muestra sonriente en lo más alto del zenit, una

oscura y densa niebla le impide encontrar un lugar seguro donde asentar sus pasos. Camina durante horas en la más absoluta de las soledades, y solamente puede escuchar el amoroso rumor del río que fluye a lo lejos. Ha abandonado a su prometido y ella sabe que la duda ya ha comenzado a carcomerlo, pues ella no ha podido transmitirle el motivo de este viaje. Cargada con el dolor ajeno, encuentra muchas dificultades para encontrar la casa en la que la anciana habita. Cuando el Gran Astro está apunto de anunciar su presencia, cuando las aves ya cantan, jubilosas, la llegada de un nuevo día, puede vislumbrar una diminuta construcción. Hacia ella se dirige cuando los cálidos rayos comienzan a acariciar la tierra.

Los hilos se tejen en nuestra ausencia, se tejen en nuestros sueños. Cual caminos transitados bajo el efecto de un embrujo, el tejido sólo mostrará su rostro al que logre responder a su llamado. El olor de la quema solamente podrá anunciar lo ya anunciado, encontrará nuevas voces para su canto. En el apacible transcurrir de un pensamiento, un mensaje arcano golpeará fuertemente la tierra. Será el último golpe, el último mensaje. Se propiciarán encuentros largamente ansiados, pero marcados por la señal del adiós. Cubiertos de polvo transitarán los seres de la tierra, cubiertos de la culpa que ellos decidieron cargar. Podrán desear deshacerse de esa culpa con ritos y sacrificios, pero no habrá manera de hacerlo, pues para aquel entonces, los despertares ya no podrán ser conjurados. Será la lana la primera en perder el color, como anunciando extraños cataclismos. Ante el terror que provocarán esas revelaciones, los varones buscarán retornar al vientre, sumergirse en la cálida morada anterior al ser mismo. Las mujeres reconocerán en sus maternos cuerpos el eterno signo del origen y enamorarán posibilidades con su andar. Mientras cada cosa vaya perdiendo la diversidad de sus tonos, serán ellas las que conciban el bálsamo en su seno. Acogerán a la especie en un encuentro marcado al inicio de los tiempos y aliviarán temores con su contacto. El miedo no será capaz de tocarlas porque se habrán erigido como las únicas guardianas. Una vez que la tierra haya encontrado dispuestas a sus pares, podrá revelar la totalidad de su latido. Marcará el inicio del estelar levantamiento en los

cálidos roces del tejido. Sólo en él podremos vernos, sólo él reflejará nuestro astral entendimiento.

Las palabras de la anciana resuenan aún en su mente, como alentándola a continuar sin volver la mirada. Los cerros se van tornando cada vez más lejanos, hasta convertirse en espectros de la distancia. Ella tenía la certeza, antes incluso de encontrar a la anciana, de que el viaje no podía tener retomo. Cual animal perdido en busca de su madre, la muchacha huye de una desconocida oscuridad que la invade. No conoce la naturaleza de su inquietud porque, a pesar de que ha abandonado lo único que ha conocido en su vida, el sentimiento no se funda en la huida, sino en algo que se germina en las más anchas amplitudes. Del recuerdo de su hogar solamente conserva un tejido, herencia de sus alados ancestros. Ella había creído una vez en el poder del amor limitado, del amor a un solo ser. Y había amado como le habían inculcado sus padres y maestros. Pero ahora hay un sentimiento aún más grande que la alberga, que le hace entender la ceguera de ese amor. Y es únicamente ese sentimiento el que guía sus pasos errantes. Tras largas jornadas de intensa caminata, alimentándose de las pequeñas raíces que le ofrece la tierra, comienza a sentir en su rostro la humedad de vientos nuevos. Puede percibir la solemnidad de un silencio respetuoso, cual si guardase, celoso, los secretos de algún sagrado tesoro. Decide asentarse entre una saliente de rocas, pues la noche ha borrado todo rastro de camino. Se posa sobre el tejido que cariñosamente tiende sobre la seca hierba, y se pregunta por la potente atracción que ejerce una inmensa oscuridad a lo lejos. Una presencia eléctrica se posesiona de sus miembros inertes. Convencida de que el sueño la ha invadido sin aviso alguno, se abandona sin reparos al hacer de la presencia. Cada gota de su sangre, cada cabello, cada pedazo de joven piel siente renovados sus bríos ante el contacto de la helada vibración. Sumida en un extraño éxtasis, puede oír la grave voz de los truenos acercarse hasta su lecho. No se sorprende al comprender cada rumor que ellos emiten, no siente temor al recibir el mensaje que ellos le llevan. Sin embargo, bajo la pesadez de su poseído cuerpo, los hilos del tejido se van tornado cada vez más gruesos, las figuras mutan el contorno

otorgado hace incontables años. Un ajeno latido comienza a concebirse en las hebras, tornando cada matiz en una terrena fortaleza. Completamente rodeada por insospechadas potencias, al fin logra percatarse de que no se encuentra entre oníricas creaciones. Con el último aliento que le queda, logra ponerse de rodillas y apoyar el rostro en el suelo. Las lágrimas que derrama no hacen más que unirse a la explosión de energías que se juntan en la saliente. Ensordecida por el canto de los truenos, sacudida por eléctrica presencia, abrazada por ancestral tejido, casi ciega por el convulsionado llanto, no puede encontrar palabras para hilar algún pensamiento. En lo más profundo de su dolor, en los fundamentos mismos de su culpa, comprende el regalo que se le ofrece en esa noche. Mientras todo su ser es limpiado por poderosas potestades, sólo puede inclinar la cabeza en señal de perpetuo agradecimiento.

Encontrarás la medida de lo completo en la cópula despiadada de los opuestos. Demostrarán tu ceguera en fértil baile, anunciarán el desvelo de tu indiferente mirada. Cuando el satélite y el astro hayan ganado un solo espacio, cuando no haya dos, sino uno, comprenderás la medida de tus acciones y serás capaz de perdonarte. Hoy la culpa te conmueve, pues la vara no aparece entre tus manos. Decrétrate soberana, anuncia tu propia destrucción en el amor que te profesa la especie. Cuando el germen de la unión caiga finalmente a la tierra, comprenderás que ha llegado la hora de despertar a la dormida estirpe.

Una muchacha se puede ver en lo alto de una loma, paseando los animales que luego le otorgarán su lana. Ha perdido casi todo contacto con el agua, pero en las lluvias todavía sale a danzar con cada gota. Sobre sus hombros, un tejido que contiene los secretos del tiempo la mantiene en una cómoda tibieza. Cual inalterable guardiana del porvenir de lo eterno, no pierde de vista a la inmensa cadena de ancianos que se alza sobre el helado horizonte. Toma la vara que descansa sobre una gran roca y recuerda una antigua promesa. El Gran Astro comienza a caer.

XIII.

Existe un instante, entre todos los instantes que constituyen al universo, en el que convergen las voluntades que dan fuerza al infinito. En ese momento, cual el vértigo que siente un ave ante el abismo, cada elemento toma su lugar en una danza imperecedera. Una frecuencia armónica que atraviesa el cosmos marca el inicio del movimiento. Es de esta danza, y de esta danza solamente, que surge el ímpetu necesario para dar lugar a la vida. Así, son los astros creadores y creados mediante el fuego que no conoce el tiempo. La existencia entrega la magnitud de su aliento y le permite habitar en un solo ser. En el uno reside el todo. En la roca residirán los fundamentos del agua. En las hojas de un árbol, los del viento. Los secretos estelares podrán encontrarse en las faldas de una diminuta isla. Una vez que el germen se ha dispersado, una vez que la unidad se ha diversificado en las más variadas especies, viene el olvido. La crueldad de su presencia es tan necesaria como ineludible. Es así que la diferencia se convierte en escisión y la escisión, en soledad. El actual transcurrir, aquel en el que la propia vida toma forma, no es más que una extensión del ancestral instante, no es más que una mítica repetición de la única vida. Un día, el único día, los pobladores de un poderoso continente decidieron alejarse del poder que los había originado. Convencidos de que la muerte no podía tocar sus rostros, se involucraron con la ambición de la riqueza. Mientras más poseían sus arcas, más fuertes e intocables se sentían. Dejaron de considerar el agradecimiento, pues se otorgaron a sí mismos una importancia que los fortalecía en su ambición. Grandes obras se originaron en esos suelos, construcciones de inmensas magnitudes. Conocedores del canto cristalino, manipularon fuerzas a su antojo en un intento de ampliar sus dominios. La sabiduría que manejaban era conocida en todos los rincones. Viajeros de variadas zonas llegaban en busca de consejo porque creían firmemente en el poder de los sabios. Pero la magia no fue capaz de revertir las consecuencias que sus acciones convocaron y tuvieron que presenciar la destrucción de sus más amados objetos. Sumidos en la desolación que les llevó la aridez de sus acciones, comenzaron la construcción de cierto instrumento que

podiera prevenir a las futuras generaciones. Pero la especie no pudo perpetrarse. Sus logros se ahogaron en el océano.

Hasta el umbral de un circular evento vengo a cantar el despertar de la especie. Desde la llegada de la tan ansiada pareja al seno de su acuosa madre, hasta el día de mi nacimiento han transcurrido largas edades. Muchas y diversas vidas han pasado marcadas con el signo de la vara primigenia y, cada una de esas vidas ha sido consciente del sueño profundo en el que nos encontramos sumidos. Todos somos hijos de las lágrimas derramadas por los mayores ante la destrucción de su tan amado continente. Sin embargo, aquí me encuentro, en el punto donde se encuentran todas las estelares voluntades sin otro instrumento que la voz que proviene del sagrado disco. En completa ceguera he vivido la mayor parte de mi existencia. He buscado honor en los bosques, he intentado probar mi valentía en desiertos salados, pero la ignorancia continuaba guiando mis pasos. He visto morir a mis pares, hermanos de mi misma sangre, en una oscuridad que residía fuera de sus propias decisiones. En una juventud todavía florecida conocí a la que borraría toda huella de arrogancia de mis ojos altivos. En el aroma que de su piel se desprendía pude reconocer ancestrales voces. El inconfundible llamado me causó indescriptibles terrores, pues la solicitud de un cambio era imperante. Fue ella la que me llevó por primera vez hasta donde se encontraba el disco. Y fue el disco el que me reveló el destino de mi especie.

Antes de despertar del grave encantamiento, el soñador deberá recordar los caminos que guiaron la sangre de sus antepasados hasta la suya propia. Deberá escuchar el canto de las sirenas que lamentan el sacrificio de una hermosa virgen. Sostendrá de nuevo el cuchillo entre sus manos y sentirá el amor en sus líquidos cabellos. Conocerá a cada pareja que lo haya precedido, su historia, su transcurso, sus más íntimos miedos. Pasará al costado de un ave que busca a su perdido amante, convocará a la Gran serpiente en una desesperada melodía. Derramará gruesas lágrimas cuando conozca el desenlace del último heredero y presenciará la llegada de extraños seres, portadores de oscuridad y progreso. Se

convertirá en el fuego que guíe a un joven mago, quien será detonante de secretos insospechados. Acudirá ante la tristeza de un solitario caminante y será testigo del único encuentro para él posible. Conversará con terrenos habitantes, ciegos profetas de un lejano despertar. Asimismo, verá por primera vez a los gigantes e inmóviles pobladores de un misterioso abismo y circulará por escondidos portales que lo trasporten al fuego de una pasión que no encuentra cuerpo. Una vez allí, lavará cada uno de sus miembros junto a la portadora del primer tejido y reconocerá en el brillo de su mirar la luminosidad que radica en el disco. Sólo entonces, cuando haya conocido los senderos transcurridos en el pasado, será capaz de comprender la misión que le asignaron los mayores. Sólo entonces podrá encontrar su propio sendero.

Aún envuelto en los terribles estertores que me trajo la visión, me vi obligado a abandonar a la mujer que me había guiado. Tuve que huir de los confusos gritos de la locura, que residía en su peculiar manera de conocerme. El calor de nuestro último contacto estuvo salpicado de dolores, desgarradores remordimientos que me rogaban que no dejase su lado. Las lágrimas que ella derramaba, confundida, no hicieron más que llevarme de vuelta a la visión que me ofreció el disco. Una vez que nuestras manos olvidaron la dulzura de la mano ajena, una vez que nuestros cuerpos comenzaron a escindirse, no tuve valor para volver a enfrentar esa mirada que cuestionaba el motivo de mis acciones. Ella también había escuchado al disco, ella también había recibido la cósmica misión que a mí me aquejaba, pero las alas del miedo se negaron a anidar en sus pupilas. Escogieron las mías como el perfecto hogar de sus propósitos. Y jugaron en mí mente los más extraños juegos. Cada rostro que se aproximaba al mío cobraba pavorosas magnitudes. Cada ave, cada ser que tocaba mi ser invadía de una eléctrica presencia a mi frágil espíritu. El Gran astro se negaba a brindarme la tibieza de su consuelo, pues gruesas nubes cubrieron su faz por varios días. Solamente existía, en mis errantes pensamientos, la amenaza de mí propia muerte. La tierra trastornó el color de sus hierbas, los vientos solamente traían pequeños copos de hielo, la noche desistió de mostrar a sus mejores astros. Todo parecía querer herirme por

no haber seguido las indicaciones que recibí en esa terrible tarde. A pesar de que lo único que quería olvidar era lo transmitido por el disco, no podía fijar mis cavilaciones en ningún otro acontecimiento. Despertar parecía la única opción posible, la única manera de sobrevivir. El gran terror que me invadía, entonces, no era otra cosa que el desengaño, pues no sabía como hacerlo.

Cuando el soñador sienta haber perdido el rumbo, deberá comprender la importancia de un viaje al origen. En los latidos que provengan de las profundidades de la tierra, escuchará sus propios latidos. Tendrá la necesidad de huir de ellos, como si en el grave sonido se cumpliera el augurio. Penoso será el ascenso hacia la primigenia cumbre, llena de obstáculos que no hagan más que poner a prueba la resistencia de su cordura. Se encontrará con bellas pero terribles mujeres que le ofrecerán la leche que brota de sus rebosantes senos. Deseará probar el dulce néctar en un vano intento de retomar a la tan ansiada cuna. Se cruzará con oscuros magos que, disfrazados con la inocencia de ágiles niños, sembrarán la semilla de la duda en su cansado espíritu. Todo aquello que logre tocarlo solamente negará el vivo canto del disco, negará la dulzura del abrazo de su perdida amante. Sin el mínimo rastro de una esperanza que aligere el peregrinaje, proseguirá en su andar para alejarse del recuerdo que lo amenaza. Nada le dirá el trinar de las aves, no conseguirá comprender el canto de los árboles, preferirá ignorar el susurro de las aguas. Tendrá presente, en todo momento, el hecho de que el final de su camino marcará el final de su tormento. Poco a poco empezará a sentir heladas brisas en sus cabellos. Los habitantes de los extraños poblados habrán quedado atrás. Solamente serán él y el mundo. Solamente estará obligado a enfrentarse a sí mismo, pues no habrá ser alguno que perturbe la soledad del soñador. Cuando se percate de que la inmensa cadena de ancianos se encuentra a punto de mostrar su gélida faz, deberá enfrentar una última y valiosa prueba.

Recuerdo un tejano vacío. Recuerdo un primigenio desenlace. Regresa a mi memoria el caos arcano. ¿Dónde podré encontrar la perfecta unión de lo vivo? Se

me hace presente la melodía de los vientos y puedo evocar en ellos un melancólico llanto. En una sagrada evocación comprendo la importancia de la pareja primera, el largo viaje, la misteriosa desazón del cataclismo. Sé de la leyenda que cuenta sobre una poderosa vara, aquella que es capaz de disipar cualquier rastro de culpa. Sé que los trabajos subterráneos descubrieron a los habitantes que, celosos, la guardaban. Se dice que con la luz que su cristal despedía se podía encontrar la olvidada voz de los inicios. La figura del triángulo, la figura del perpetuo rombo, ambas me transmiten el aullido de la especie que agoniza. Ambas me instan a un rebosante encuentro con la perdida vara. Al son de una naciente aurora, vuelvo a presenciar un escondido roce, vuelvo a evocar la desnudez necesaria para la ofrenda. En una hermandad que ruega volver a vibrar en la sexta frecuencia, olvido el temblor de la tormenta cuando mis pies tocan, desnudos, los suelos. Trece vueltas, trece edades celebran el fin de su transcurso, el fin de su tan largo y dulce soñar. No existe temor capaz de disipar la claridad de su júbilo, pues el centro mismo de sus alegrías reside en los fundamentos de mi ser. ¿En qué parajes, en qué dominios residirá la mujer que ha guiado mis pasos hasta este ancestral instante? ¿Volveré a beber el estruendo que reside en sus ondulantes cabellos?

El soñador escuchará felinos pasos acercársele. Convencido de que una hambrienta bestia se aproxima a atacarle, se dispondrá a esperarla sereno. Ningún temor logrará invadirlo porque la muerte se le ofrecerá atractiva, como un eterno descanso. Sin embargo, no le será posible localizar la dirección de la criatura. Sólo el olor le dará la certeza de que algo le acecha. Reconocerá en ese olor un encuentro pasado, una extraña y largamente olvidada bienvenida. Detrás de una gran roca se esconderá ese misterioso ser, como intentando observar las reacciones del muchacho. Él, al saberse observado, proseguirá con la ofrenda que había iniciado momentos antes. Se quitará el poncho y lo posará sobre la tierra. Sobre éste tenderá los sagrados objetos que lo acompañaron hasta entonces: un pequeño ovillo de la lana en que fue recibido al nacer, el trozo de una estaca que le había regalado su padre y una diminuta flor que su madre solía llevar en sus

cabellos. Formará con ellos un triángulo, consciente de la fuerza que en esta figura reside. Con la sensación de un inminente ataque, se hará un profundo corte en la mano izquierda y derramará su sangre sobre la ofrenda. En un último intento de liberarse de sus culpas, entonará una melodía para los lejanos mayores, caerán ardientes lágrimas sobre la seca tierra. Clamará por su presencia, clamará por un perdón tardío. En un trance que lo transporte a la calmada voz del disco, dejará de notar la proximidad de la criatura, olvidará que lo observa. Con la mano aún sangrando profusamente por el corte, se sentará a las orillas de la ofrenda y esperará la caricia de la muerte. Será esa la señal que la criatura estaba esperando. Será el completo abandono el que le permita recibir una respuesta. Detrás de la gran roca se asomará un puma, un puma con ojos de agua que llenará de armonía la mirada del soñador errante. Ambos partirán en busca de la perdida vara.

Ignoro el verdadero significado de las palabras de los mayores. Ignoro si en aquella ocasión me enviaron compañía para evitar la pérdida de mi cordura. Sea como fuere, me era imposible enfrentar los ojos del felino, pues un extraño vértigo me invadía cuando me disponía a hacerlo. Caminábamos bajo su guía, bajo su instinto, bajo la extraña protección que ofrecía su mirada. Yo ignoraba el paradero de la vara, al igual que el puma, pero cierto orden, cierto sentimiento de certeza guiaba nuestros pasos. Pasamos a través de gélidas instancias. Profundo temblor causaban las pisadas de la criatura, cual si la tierra reconociese el sonido de sus huellas. Me sentía influido por algún tipo de encantamiento porque, poco a poco, las imágenes del paisaje por el que transitábamos se iban haciendo más difusas. Llegó un momento en el que sentí estar caminando sobre niebla, sobre un desolado paraje conocido por el puma solamente. Pude ver, entre cerros que se asemejaban al delirio, un vasto jardín de amatistas que se prolongaba hasta el infinito. Pude ver la estrella de la cual procedemos, el sagrado origen de la vara. Conocí el único cristal que pudo permanecer cantando después del cataclismo. Saboreé su melodía envuelto en el más dulce de los llantos, porque tenía la certeza de que aquello que buscaba solamente podía ser hallado en jubiloso

recogimiento. Fue así que la niebla a nuestro alrededor comenzó a disiparse y el brillo de un pequeño cristal hirió mis enceguecidos ojos. Habíamos encontrado la vara, habíamos cumplido con su insistente llamado. Fortalecido por el poder de saberme escogido por ella, pude enfrentar la liquidez de la felina mirada que me acompañaba. Caí en sus ojos, como si un abismo reclamara mi nombre a gritos. Rodeado por el abrazo de unas heladas aguas, logré sacar mi cabeza a la superficie con el último aliento que me quedaba.

Cuando el soñador haya retornado al origen, cuando su piel vuelva a tocarse con las aguas que recibieron a su especie, deberá dirigirse a la isla que está hecha de oro. Nadará, solo esta vez, sosteniendo la vara con su mano derecha. Una vez que haya llegado a la orilla, será secretamente recibido por un grupo de pobladores expectantes, aquellos que esperaron toda su vida para que el despertar se les revelase. Convocarán a una íntima ceremonia para comprobar la identidad del recién llegado. En las bases de una inmensa fogata leerán las palabras del disco. Ayudados por la planta sagrada y por los instrumentos que duplican el sonido del viento, avivarán el fuego en honor a su madre, el lago. El Gran Astro morirá, apasionado, en un oeste teñido de los más vivos colores. Al otro lado del cielo, en el oriente, el pálido satélite comenzará a mostrar su llena faz. Los astros, con una tímida luz al principio, comenzarán a multiplicarse jubilosos en el firmamento. Cada elemento que forme parte de la cósmica danza deberá tomar su lugar, determinado al principio mismo de la existencia. El soñador se posicionará debajo de la constelación del guerrero, siendo así proclamado como tal. A su alrededor bailarán frenéticos los sacerdotes y los pobladores porque reconocerán a ese soñador, a ese guerrero, como el encargado de guiarlos hacia tiempos nuevos. Será cubierto por la piel de un puma y no podrá evitar enviar un pensamiento a su perdida amante. Sentirá tristeza por haberla abandonado, por haberle cargado con las culpas que solamente él debía cargar. Mas el trance lo ayudará en su pesar, y será mediante él que podrá sentir el amor que ella le envía desde la isla vecina, desde la isla de las vírgenes. Establecido el primordial contacto, se habrán cumplido las demandas que el disco exigía de ellos.

El varón, el guerrero, comenzará a entonar la melodía que le dicta el latir de su sangre. La mujer, rodeada de las más bellas vírgenes, volverá a escuchar la voz de su par, será conmovida por la fuerza de ese sentimiento. Así, ella también se unirá al canto y dará comienzo al cumplimiento de su destino. Habiendo encontrado el quinto acorde, habiendo comenzado a vibrar en la armonía de la quinta frecuencia, hombre y mujer comenzarán el canto que vuelva a despertar a la dormida estirpe.

En este día invocamos a las transformaciones. Hoy invocamos la clemencia de los helados gigantes. ¡Despierten ancianos!

A lo lejos, cuando el lago parezca confundirse con los cielos, los gigantes comenzarán a erguirse entre hondos temblores. Dejarán que el fuego surja de sus entrañas para bañar las aguas que los acarician en sus faldas. Densas columnas de humo se desplazarán hacia el infinito, como saludando a los mayores que ya comienzan a escucharlos.

Que surjan los habitantes subterráneos de sus oscuras cuevas. Que respondan a nuestro ancestral llamado.

En los suelos podrán empezar a verse los surcos que provoca el resurgimiento de los terrenos pobladores. Ataviados de sus mejores galas, emergerán de la superficie rodeados de las amatistas que con tanto esmero cuidaron. Las ofrecerán a los latientes ancianos como agradecimiento por haber sido acogidos en su seno.

Que las aves que surcaron nuestros pensamientos puedan unirse a los astros que las secundan. Que regresen las aves a sus nidos.

Tres majestuosos y alados seres recorrerán grandes distancias con el batir de sus deseos. Llegarán para cubrir las islas con su triangular vuelo. Las vírgenes se

inclinarán en respetuosa reverencia, pues reconocerán en sus propios vientres el color de las plumas que dominan las frecuencias.

Llamamos a los seres que acompañan al hombre en su transcurrir. Llamamos a los eternos ayudantes del convocado origen.

En una estelar estampida, los más variados animales responderán a la melodía. Llegarán trotando por los suelos, nadando en las aguas de la helada madre, dominando el curso de los vientos. Permanecerán en pacífica estancia feroces y temerarios seres, junto con aquellos que donan la lana de sus cuerpos. Los felinos verán en el varón la piel hermana, mientras que los otros, fortalecerán el calor del tejido que la mujer lleva sobre sus hombros.

Que aquellos que hayan sabido escuchar la fuerza de su sangre, que los que hayan existido bajo el símbolo del cristal, unan sus voces a las nuestras. Que sus gargantas renueven las voluntades del instante.

Será el disco el que otorgue movimiento a los miembros inertes de los habitantes del origen. Abandonarán sembradíos, hogares, familias, poblados. Sentirán bullir en sus venas el fin de los oníricos tiempos. Pocos podrán resistirse a la dulce voz del disco. Pocos serán los que prefieran conservar sus posesiones y sus nombres. En las islas se asentarán para cantar todos al unísono. La melodía comenzará a expandirse sin encontrar límites a su paso.

Clamamos por el regreso de los vientos. Rogamos volver a sentir su caricia entre nuestros cabellos. Vuelve, Wayra, a alimentar el fuego con tus poderes.

Ante la magnitud de las fuerzas allí reunidas, ante el calor de las energías proyectadas hacia los cielos, una ráfaga aparecerá para refrescar los cansados espíritus. Avivará fuegos con el ímpetu de su recorrido. Danzará con los

instrumentos que imitan su aullido y les regalará nuevas notas que fecunden su cantar.

Que las olas que visten a nuestra madre se alcen como muros ante nuestro despertar. Que cubran nuestros cuerpos en un encuentro que nos devuelva la calma de la cuna.

El resurgimiento de las aguas colmará de éxtasis a los presentes. Alargando cada uno de sus múltiples brazos, cubrirá a las islas con el sentir que en su vientre habita. Grandes tesoros quedarán al descubierto, grandes secretos que hasta entonces habían sido celosamente guardados. Las embarcaciones de totora rescatarán a las sirenas que por su paso encuentren. Tocarán sus escamas y sus largas trenzas en un intento de aplacar sus deseos. Ante el temblor que ocasionarán las olas del lago, hombres y mujeres se liberarán de sus temores y derramarán lágrimas que aumenten las corrientes. Cada uno de los varones, cada uno de los seres reunidos en la dorada isla, ansiará el tibio contacto de la piel de las mujeres. Ellas extrañarán la fortaleza que radica en las manos de sus vecinos. Así, el lago despertará la semilla en el interior de toda su prole, será esta la semilla necesaria para la renovación de los olvidados placeres.

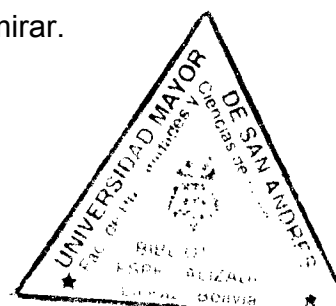
Cantamos para que la tierra bajo nuestros pies vuelva a germinar nuestro camino. Llamamos a la eterna acompañante del disco para que lo devuelva a su primera morada. ¡Que retome el disco a su secreto inicio!

En un valle que se encuentra en los bordes del océano se sentirá un temblor que anuncie la presencia de un abismo. La profunda herida que se abra en los suelos no traerá dolor, sino alivio. Será de ese abismo que el disco surja, siempre conectado a las venas enterradas del corazón de los ancianos. Cuando emerja su luminosa faz, los árboles doblarán sus ramas, cargadas de frutos, en sincrónica reverencia. Los campos de maíz rebosarán de granos que cubran su sendero. Cuando el disco comience el retomo hacia la isla, temblarán todos a su paso. Los

gigantes celebrarán el reencuentro con la nieve de sus cabellos. El viento, furioso, alimentará a las olas que danzarán con desenfreno. El fuego crecerá hasta opacar el calor del Gran Astro, mientras que aparecerán abismos que rodeen el mágico contacto. Una vez que el disco haya encontrado su trono, una vez que el primigenio instante haya renovado su ímpetu, será el momento en que la pareja entone el final del encantamiento.

A los mayores entonamos la potencia de estas nuevas voluntades. Hacia ellos proclamamos el resurgimiento del navegar en el cristal. Trece veces nos hundimos en oscuro sueño. Trece estirpes olvidaron el principal contacto. A los mayores invocamos. Hacia ellos nos dirigimos.

Cuando se hayan reunido las más diversas potestades, el varón hundirá la vara en el suelo de la isla. Una potente luz surgirá del cristal, de cada una de sus seis caras. El contacto habrá sido establecido. Los truenos comenzarán a escucharse en la lejanía, y los relámpagos acudirán con precisión al llamado. Toda la atención del cosmos se concentrará en el color de cada uno de los rayos. En un choque que se encuentre al margen del tiempo, la vara recibirá el poder que los rayos le ofrezcan. Los seres allí asentados contemplarán, como si fueran uno solo, la unión de la tierra con el firmamento. Todos latirán a un mismo ritmo, observarán con la misma entrega. Habiendo vencido los temores de la finitud, el júbilo se apoderará de cada una de las fibras de su ser y compartirán la sensación de encontrarse en el borde de su propio fin. No habrá reproche en el sentir, no habrá tristeza que no sea un dulce sentimiento. Habiendo encontrado el curso de su astral destino, la estirpe permanecerá unida en inmóvil contemplación. Cuando estén preparados para abrir los verdaderos ojos, cuando lo único que deseen sea quitar el velo de sus ciegas miradas, será ésta la primera y la última vez que miren. Será el instante imperecedero detenido en la hermosura de su mirar.



1 a palabra que crea ordena y purifica:

El “Génesis” *Fi Popol-Vuh* , a Sonda de Arcturo

Índice

Introducción: El universo: el hombre	1
El "Génesis": La palabra del Uno en el Tiempo	2
El <i>Popol-Vuh</i>: La palabra comunitaria	8
<i>La sonda de Arcturo</i>: La búsqueda del olvido del ego en la palabra ..	...16
<u>Conclusión</u>: El hombre: el universo	...23
Bibliografía	26

¿Acaso no eres, Lucifer, el portador de la luz?

J. A.

El universo: el hombre

La palabra que narra, aquella que pretende atrapar entre sus letras lo fugaz y lo etéreo, está obligada a clasificar, a separar y a ordenar lo narrado. Así, si lo que se intenta es aprehender un pequeño instante inserto en la cotidianidad humana, la palabra misma revelará sus limitaciones. La palabra nombra, pero no reemplaza, la palabra evoca, pero no se materializa. Y es esta dificultad la que permite la existencia de la ficción, aquella que construye y supera realidades. Los más variados y extensos universos serán creados bajo el mando de la palabra, ya cansada de su mera dimensión comunicativa. Pero ¿podrá el humano lenguaje crearse a sí mismo? ¿Podrá narrar los sucesos que acaecieron antes del tiempo, antes de la palabra misma que desea nombrarlo? Tres diferentes aproximaciones son las que resaltan entre un extenso panorama. La primera, la tradicional, la impositiva, la de occidente, convoca a la eternidad bajo un nombre particular: Dios. En ella se mostrará el abismal paso que da este Dios, que no es otro que el paso del vacío al tiempo. Este inmenso movimiento, y la voluntad que lo provoca, se concentrará en la creación de una criatura que abarque a su creador: el hombre. De esta manera, Dios y hombre mostrarán las hebras de las que están hechos, revelando un gesto que descansa en la palabra absoluta. La segunda aproximación, la originaria, la desplazada, la mítica, no pretenderá ya una creación absoluta, no cargará a su palabra de tales poderes. Los dioses, pues son múltiples, serán los eternos ordenadores, ansiosos de recibir tributo de sus pequeños hombres de maíz. En ambas visiones, será el hombre el que construya su propio origen, su propio principio. Será en la palabra donde recaerá la chispa de los inicios. En la última de las aproximaciones, sin embargo, el hombre ya no será lo más importante, ya no importará su principio. La voluntad de crear quedará relegada, mostrando la increíble impotencia de una efímera palabra frente a las magnitudes de un infinito universo. Dos maneras de recrear el principio se enfrentarán a otra cosa, a un universo que no comienza ni termina. De cualquier manera, será la palabra la que las guíe, será ella la que las convoque.

El "Génesis": La palabra del Uno en el Tiempo

Al principio fue el principio. ¿No fue acaso la palabra? No, al principio sólo fue el principio. ¿Principio de qué? Principio del principio. Sí hubo, entonces, un principio, ¿qué había antes de él? ¿habrá también un final? Antes del principio fue Dios. ¿Qué significaciones puede llegar a tener la palabra "principio"? En primer lugar, cada vez que hay un comienzo, tiene que haber un final. Si algo no es iniciado, no puede ser terminado. Asimismo, para que pueda haber existencia, primero debe comenzarse a existir. Dios, entonces, previo al todo, anterior a la existencia (porque se encuentra antes del principio) decide que es momento de crear. En esa decisión radica toda la potencia del principio. Para mover cualquier objeto que se encuentra en reposo (inerte) es necesario imprimir fuerza sobre él. ¿Cuál es la inmensa fuerza, la infinita, capaz de mover la voluntad de Dios? No puede ser otra que la fuerza del tiempo.

Para que algo pueda comenzar, para que haya un antes y un después, el tiempo debe avanzar de atrás hacia adelante. *Al principio creó Dios los cielos y la tierra* (Gén, 1,1). Antes del principio, los cielos y la tierra no existían, se encontraba solamente Dios. Existe, pues, un gran salto que se realiza desde la frase "Al principio" hasta la frase "creó Dios". Antes de crear los cielos y la tierra, creó Dios el principio. ¿Qué implica esta creación? Como ya se dijo anteriormente, se encuentra implicada la noción del tiempo. Un principio, entonces, es un tiempo. Sin tiempo no puede haber existencia alguna. Ahora bien, el tiempo no se encuentra, necesariamente, en la palabra principio; es decir, no es ella la que introduce esa noción. El tiempo tendría que ser anterior a la narración. El momento mismo en que el narrador dice *Al principio*, la temporalidad se hace necesaria. Así, solamente una palabra es capaz de llevarnos al inicio del tiempo. La ecuación, entonces, debe cambiar: ***Al principio no fue el principio, al principio fue el tiempo.***

Se ha podido ver que existe una historia previa que uno debe imaginarse para tener una aproximación al "Génesis" lo más amplia posible. No se debe

abandonar la idea de que Dios es anterior al todo y a la nada. Al tratarse de un ser infinito, es necesario tener en cuenta que el principio no lo afecta a él, sino a su creación. Esto quiere decir que el tiempo, sugerido apenas por la palabra principio, no puede afectar a una instancia infinita como Dios. El tiempo creado es, también, el tiempo de la creación. Sin embargo, la necesidad de utilizar palabras "humanas" en el sentido de "finitas", puede llegar a deformar el concepto del Dios creador como un ser temporal. Dios no es tiempo. Dios tiene que estar más allá del tiempo para poder crearlo. La palabra humana, es decir, la palabra de la narración no tiene otro remedio que presentar a un Dios que se iguala a la humanidad de la palabra. La característica de infinitud no puede asirse por una narración dirigida a seres finitos. Ese Dios debe, entonces, "degradarse" de cierta manera para poder ser escuchado por los hombres. El principio del que se habla en la primera frase del "Génesis" implica esa degradación. Dios debe "temporalizarse" para poder crear un universo temporal. Pero no debe olvidarse que él se encontrará siempre más allá del tiempo.

Al principio creó Dios los cielos y la tierra. La tierra estaba confusa y vacía y las tinieblas cubrían la haz del abismo, pero el espíritu de Dios se cernía sobre la superficie de las aguas (I, 1-2). Antes de la palabra de Dios era el caos. Antes del caos era el tiempo. Para que pueda haber tiempo, es necesario el movimiento. Sin movimiento no hay tiempo (el movimiento marca un antes y un después). Así, una vez que Dios ha creado el principio y ha creado los cielos y la tierra, la temporalidad es ineludible. Se trata de un cielo y una tierra temporales. De la misma manera, el espíritu de Dios que se cernía sobre las aguas, al incurrir en el movimiento, cae en la temporalidad. Este espíritu, entonces, es una especie de desdoblamiento del Dios. Este espíritu es netamente temporal porque se mueve. El Dios infinito debe convertir una porción de sí mismo en tiempo, sino le es imposible concebir siquiera su creación. Orden (tiempo) en el caos. Dios (espíritu/tiempo) sobre la creación. Hasta este momento del relato, Dios no ha pronunciado palabra alguna. El tiempo es todavía caótico, pues la separación en días no se ha dado aún. De la nada al caos hay un solo paso: el principio que es, también, tiempo.

Dijo Dios: "haya luz"; y hubo luz. Y vio Dios ser buena la luz, y la separó de las tinieblas; y a la luz la llamó día y a las tinieblas noche, y hubo tarde y mañana, día primero (I, 3-5). La palabra de Dios es creación. Cuando dice "luz" hay "luz". Previas a ella son las tinieblas que vinieron con el caos. Las tinieblas no necesitan palabra para existir, tampoco los cielos o la tierra. Todo esto viene con el principio. Dos elementos son importantes en esta parte del relato: la palabra creadora y la aprobación de dicha creación. Después de la aparición de lo nombrado, Dios debe observar si "está bien". La luz es buena, pero debe ser separada de su contrario: las tinieblas. Es decir, la luz existe al ser nombrada, pero igualmente debe distinguirse, separarse de las tinieblas. Eso da la idea de que Dios nombra una entidad para crearla y ésta, al "aparecer" se une al caos. Por eso, primero viene la palabra y luego la distinción. Dios - Tiempo — palabra — distinción. Y en esto consiste el primer día de la tierra, el primer día de Dios. El caos va a ir tomando forma a medida que la palabra va nombrando más y más. Los días van a ir avanzando hasta converger en la obra más importante de Dios: el hombre.

Díjose entonces Dios: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y nuestra semejanza" (...) Y creó Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, y los creó macho y hembra... (I, 26-28). Dios se dijo a sí mismo "hagamos". ¿Quién si no el espíritu de Dios conforma ese nosotros divino? Para hacer a lo más sublime de su creación debe invocar a su "yo" temporal, a su espíritu. Así, el hombre tiene algo de infinito y algo de temporal. A estas alturas del relato, no se especifica si el hombre es inmortal. Se debe suponer que no, porque se encuentra en un mundo temporal y tiene una porción de temporalidad. Sin embargo, se encuentra por encima de las otras criaturas por su semejanza con Dios. Mircea Eliade, en su texto *Historia de las creencias y de las ideas religiosas 1*, resume el primer relato de la creación en cuatro puntos: *a) creación por la palabra, b) de un mundo que es "bueno", c) de la vida (animal y vegetal), que es "buena" y que Dios bendice; d) finalmente, la obra cosmogónica se corona con la creación del hombre. (...) El mundo es bueno y el hombre es una imago dei; habita, como su creador y modelo, el paraíso.* (Eliade : 221). A diferencia de la creación de los otros seres, Dios "decide" crear al hombre en una especie de deliberación interna.

Todo lo creado es producto de la palabra, menos el principio y el hombre. El principio es producto del tiempo (creado antes de la narración). El hombre es producto de la deliberación divina. Dios no dice "hágase el hombre" como dice "hágase la luz". Dios simplemente crea al hombre después de decidirlo. Dice "hagamos", no "hágase". Y existe una gran diferencia entre ambos términos. "Hágase" se entiende como una orden. Dios ordena, mediante esta palabra, que lo nombrado aparezca. En cambio, cuando dice "hagamos" se puede llegar a notar que existe una especie de indecisión, se insinúa un proceso. Ya no ordena, sino sugiere. ¿En qué consiste esta indecisión? ¿Por qué el hombre se hace tan importante? Gershom Scholem encuentra una respuesta en su texto *La cábala y su simbolismo*: *Más aún podemos ver que las palabras "Hagamos al hombre" logran esto: a los seres inferiores, derivados de un lado del mundo superior, Dios les reveló el secreto de cómo formar el nombre divino "Adán", en el cual se acompasan lo superior y lo inferior en la fuerza de sus tres letras: alef, dalet y mem.* (Scholem : 29). El Hombre condensa al creador y a lo creado. Es, a la vez, creador y creación. Es semejante a Dios porque es dueño de las criaturas que lo rodean. En este primer relato de la creación, que abarca todo el primer capítulo del "Génesis", el hombre y la mujer son creados simultáneamente, al mismo nivel. Ambos aparecen a la vez y ambos encarnan lo divino y lo terreno.

Existe una segunda versión de la creación de los cielos y la tierra, una en la que ciertos sentidos cambian. Si bien no es tan rica en sentidos como la primera, presenta desplazamientos y suposiciones que provocan una importante variación en la comprensión del principio creativo. *Al tiempo de hacer Yavé Dios la tierra y los cielos, no había aún arbusto alguno en el campo, ni germinaba la tierra hierbas, por no haber todavía llovido Yavé Dios sobre la tierra, ni haber todavía hombre que la labrase, ni vapor acuoso que subiera sobre la tierra para regar toda la superficie cultivable.* (2, 4-7). Esta versión se centra en la tierra solamente. Da por sentada la anterior narración donde se podía observar la creación en detalle. No se encuentra ya el caos, sino la aridez. Yavé Dios es el agua que debe caer sobre la tierra para dar vida: el agua es la vida. Yavé Dios se mueve por la creación como una más de sus criaturas. Crea jardines, plantas y animales, y

construye al hombre a partir del barro. Aquí el hombre no encarna lo divino y lo terreno, lo superior y lo inferior, sino que se convierte en un ser más de la tierra. Esto hasta el momento en que Yavé Dios *le inspiró en el rostro aliento de vida* (2, 7). Este aliento hace al hombre un ser especial dentro de la creación, pero no le permite trascenderla como al hombre del primer relato.

En este caso, el hombre se encuentra solo. Yavé Dios se da cuenta de su soledad y le lleva a todas las criaturas para que les ponga nombre. Aquí el que nombra es el primer hombre, no Dios. Sin embargo, la palabra no crea, sino, simplemente nombra, distingue. Este hombre parece ser la criatura favorita de Yavé Dios. En cambio, en el primer relato, el hombre lleva una porción de divinidad en su ser. A pesar de haber nombrado a todos los seres de la tierra, el hombre sigue descontento. Y Yavé Dios parece muy dispuesto a otorgarle cualquier cosa que logre su alegría. Solamente por esa soledad es que la mujer aparece. Es creada a partir del hombre. Si el hombre se hubiera contentado con la compañía de una cabra o de una mula, la mujer no habría existido. El hombre desea a una igual que él y por ello Yavé Dios le saca una costilla y hace a la mujer a partir de ella. Antes de que el hombre sea expulsado del paraíso, la mujer y el hombre son una sola carne, no hay diferencias entre ellos. Además, Dios decreta que ambos se buscarán por el mundo y que abandonarán a sus familias para poder juntar su carne otra vez.

Ambos relatos comienzan con la creación de los cielos y la tierra. Igualmente, ambos culminan con la creación del hombre. A pesar de que se trata de dos versiones de la misma cosa, existen grandes diferencias entre uno y otro. Para el primero serán importantes cinco elementos: Dios - tiempo - palabra - distinción - hombre. La aparición de todos los elementos es narrada con detalle, y culmina, como ya se dijo en la aparición de un ser (¿humano?) que encarna creador y creación. En la segunda, en cambio, sólo importarán dos elementos: Yavé Dios - Hombre. La creación estará subordinada a esas dos fuerzas y a sus respectivas voluntades. En la segunda versión se pierden las nociones de tiempo, palabra y distinción que hacen tan rica a la primera. Se pierde, también, la duda (importantísima) que precede a la creación del hombre. Yavé Dios no es igual a

Dios. Yavé Dios es mucho más humano que Dios. Yavé Dios crea la tierra, mientras que Dios crea el Universo entero.

El Popol-Vuh:

La palabra comunitaria

El trece (13) es la cifra de la perfección, es la cifra del universo. Tres cuadriláteros tiene el universo quiché: el de los cielos, el de la tierra y el del inframundo. Cada cuadrilátero será dividido en cuatro partes, en cuatro eras, en cuatro lunas y en cuatro soles. El producto de las partes de cada segmento, con el número total de cuadriláteros es igual a **doce**. La aparición del hombre obedece a la nivelación, a la perfección del universo creado por la poderosa palabra de los dioses del consejo. Con el hombre la cifra se completa, encuentra su perfecta medida. El hombre es el elemento que lleva cabalidad a la creación de los dioses. Y en agradecimiento se le concede el don de la palabra, el don del movimiento, y el don del corazón. Los dioses desean crear un ser que sea capaz de alabarlos, de adorarlos y de realizar ofrendas. No es casualidad que la palabra de los dioses no sea cabal en un primer intento, pues el decimotercer elemento debe abarcar en su ser la totalidad del universo. El hombre es, entonces, el centro de la creación, es el trece de la incompleta cosmogonía. Sin él, no puede haber armonía en los mundos creados, sin él los alimentos existentes en la tierra no cumplen con la misión establecida para ellos. Sin embargo, la aparición del hombre no llega sino hasta que los dioses se percatan de sus errores. El hombre es un producto perfecto, pero que tiene un origen en la dificultad de una palabra en comunidad. La palabra de los dioses quichés, si bien es una sola, es resultado de una deliberación, de una discusión en consejo. ¿Cómo llegan los siete dioses a coincidir en una sola palabra que pueda tanto ordenar, como crear los elementos de ese universo?

El inicio del relato de la creación hace directa referencia al hombre quiché. Este hombre, el elemento cifrado con el trece, será no sólo el símbolo de la perfección lograda, sino el destinatario necesario para que la historia se cristalice en un sentido. *Este libro es el primer libro, pintado antaño, pero su faz está oculta [hoy] al que ve, al pensador* (episodio 2, p. 3). Serán pocos los elegidos para compartir plenamente los hechos sucedidos al inicio de los tiempos quichés. ¿Por

qué este recelo de los dioses a la hora de relatar su creación? ¿Por qué no difundir sus proezas a los cuatro ángulos de la tierra, como es la intención de dioses de otras culturas? El nexo que se establece entre aquello pintado por los dioses y el que observa (lector/oidor quiché) es de un carácter muy íntimo. No se va a tratar de una mera relación de los hechos, como sucede en cualquier narración, sino que se intentará una especie de unión entre los dioses y el hombre, que podrá observar (pues el Popol-Vuh es, en principio, pintado) el ordenamiento y la creación, mientras se llevan a cabo. El hombre quiché pasa a ser una especie de miembro honorario del consejo divino. Esto sucede gracias a la entrega que realizan los dioses de sus propios nombres. Según los traductores del texto, Miguel Ángel Asturias y J. M. González de Mendoza, la entrega de los nombres adquiere vital importancia:

Uno de los más antiguos principios de la magia en todos los países es que el conocimiento exacto del nombre (sagrado) de un individuo, de un pueblo, de una ciudad, de un dios, vuelve dueño de lo nombrado: esto es una consecuencia lógica de la potencia (creadora, destructora, etc.) atribuida a la palabra... (Episodio 7, p. 9; nota 34).

Así, en el listado de los nombres de los dioses reside un esencial hecho: la entrega del poder al hombre quiché. El hombre es dueño de los nombres divinos, y al poseer los nombres, posee también el poder que en ellos habita. Se traspasa no sólo el conocimiento, sino la *potencia atribuida a la palabra*. El poder de las narraciones que ordenan y crean se da, entonces, no sólo a los dioses que lo utilizan, sino al hombre quiché que observa estas acciones.

La palabra pronunciada en comunidad, la palabra comunitaria, es la única capaz de poner en movimiento los ángulos del universo que son medidos en el inicio de la historia. Los dioses proceden con esta medición antes de cualquier creación propiamente dicha. Los elementos básicos que conforman al universo son preexistentes, al igual que los dioses. Éstos existen antes del comienzo de la narración, le son inherentes. No se llega a observar un caos, pues la narración comienza cuando los dioses ya ordenaron los ángulos de acuerdo a su criterio. Se da, de esta manera, una separación de los cuadriláteros universales. Cada cuadrilátero se dispone de manera que obedezca a los cuatro ángulos del

universo, a los cuatro soles y a las cuatro lunas (que sólo aparecerán físicamente en el episodio 21, pero que se encuentran sobreentendidas en los parámetros de ordenamiento). Según Rafael Girard, en su texto *Esotericism of the Popol-Vuh*, son siete los dioses que comienzan con el acto creativo. Será de estos siete dioses que surgirá el movimiento necesario para dar lugar a la vida. Antes de la palabra todo está estático o inmóvil. Existe el cielo, existe la tierra, existe la oscuridad (que no será eliminada hasta la aparición del sol, junto con la del hombre de maíz). Pero es necesaria la palabra divina para dar lugar al universo quiché.

Entonces vino la Palabra; vino aquí de los Dominadores, de los Poderosos del Cielo, en las tinieblas, en la noche: fue dicha por los Dominadores, los Poderosos del Cielo; hablaron: entonces celebraron consejo, entonces pensaron, se comprendieron, unieron sus palabras, sus sabidurías (episodio 2, p.3). Cabe señalar que los dioses emprenden la creación con el fin exclusivo de crear al hombre. Todo lo que viene antes de él no es más que la preparación del terreno para que éste habite. La criatura es concebida porque los dioses desean (o necesitan) alguien que los adore y que realice ofrendas para ellos. La necesidad es mutua. La comunión entre dioses y hombres es implacable. Los dioses necesitan de los hombres para recibir ofrendas, mientras que los hombres necesitan de los dioses para existir. La comunidad es establecida desde el principio de los tiempos. La creación misma obedece a este deseo divino, a la existencia del hombre. El hombre es el motor de la creación y es el más importante "personaje" del relato, tanto dentro de la narración misma, como contemplado en tanto observador/lector/oidor. Otra noción importante a la hora de comprender el acto creativo residente en la palabra, es destacada por Girard. Para el lenguaje maya-quiché, palabra puede ser también traducida como acción. En realidad, palabra y acción significan la misma cosa. Entonces, la búsqueda de la palabra perfecta, de la exacta inflexión de voz, reside tanto en la mente (acto de la razón) como en el cuerpo (acto de movimiento). Decir y hacer es lo mismo. No existe la "genésica" distancia entre el decir y el hacer. El acto mágico por excelencia (de la palabra creadora) abandona su carácter solitario, su carácter de

exactitud, para pasar a un orden comunitario. Sería prácticamente imposible encontrar una sola palabra en un consejo constituido por siete dioses. Por ello la palabra es hecha y no solamente dicha.

El consejo, la comunidad, pasa a ser necesario para todo acto creativo. Así, puede verse (contemplarse) que la tierra es formada para que el hombre pueda habitar en ella. *"Tierra", dijeron y en seguida nació. Solamente una niebla, solamente una nube [fue] el nacimiento de la materia* (episodio 2, p.4). Se hace curioso el hecho de que digan "tierra" y aparezca el agua. Es del agua que surgen todos los elementos terrestres. No se trata, entonces, de un error al escoger la palabra, sino de una especie de conocimiento pleno de los elementos y de lo básico para la creación. La voz "tierra" hace que aparezca el agua, fuente de todo tipo de existencia terrestre, elemento fundamental para la aparición de la vida. Las plantas y los árboles corresponden a la consecuencia de estas aguas que corren por la recién nacida tierra. Aquello discutido en el consejo, termina siendo construido por el poder de la palabra-acción. El paisaje en su totalidad nace de la palabra-acción. Tal vez la potencia de este nombrar resida en su capacidad de crear primero imágenes comunitarias (mientras se encuentran en consejo), para cristalizar esas imágenes en cuerpos físicos (el nombramiento como tal).

Una vez que la tierra ha aparecido, y que sus elementos se encuentran presentes, los siete dioses universales dan paso a tres específicos: Maestro Gigante Relámpago, Huella del Relámpago y Esplendor del Relámpago. Lo que antes era siete, se convierte en tres. Estos tres son los encargados de terminar la formación terrestre, son los ordenadores específicos del cuadrilátero de la tierra. Los espíritus del relámpago son los fecundadores de la creación. Según Girard, el conjunto de los dioses primigenios es englobado bajo el nombre general de los Espíritus del Cielo. Una vez que la tierra ha sido formada, estos espíritus cambian el nombre, sufren una especie de metamorfosis. Se convierten en los Espíritus de la Tierra. Este traspaso de perspectiva (del cielo a la tierra) va a permanecer por el resto del relato. Los cielos no serán vistos más que desde la tierra. La aparición del sol, de la luna y de los astros será vista desde los suelos terrestres, al igual que la aparición del último cuadrilátero, el del inframundo. A continuación, son los

tres espíritus los que le dan movimiento a la creación terrestre, y fecundan los suelos mediante la aparición de los animales. Cualquier aparición, sin embargo, es previamente meditada por el consejo de dioses. Primero es la meditación, luego, la palabra. La palabra cristaliza el pensamiento divino, lo hace carne, lo hace cuerpo y movimiento. Los espíritus ordenarán a las criaturas poblar sus hogares y les otorgarán la voz necesaria para las ofrendas.

Pero algo sucede cuando los dioses exigen alabanza de los animales: no son capaces de la palabra (huella contundente de divinidad). Este "error" desconcierta a los dioses, que se movilizan en consejo para comprender lo sucedido.

"Habladnos, invocadnos, adoradnos", se les dijo. Pero no pudieron hablar como hombres: solamente cacarearon, solamente mugieron, solamente graznaron; no se manifestó [ninguna] forma de lenguaje, hablando cada uno diferentemente "No está bien", se respondieron unos a otros los Procreadores, los Engendradores, y dijeron: "He aquí que seréis cambiados porque no habéis podido hablar. Cambiaremos nuestra Palabra. Vuestro sustento, vuestra alimentación, vuestros dormitorios, vuestras moradas, los tendréis: serán las barrancas, las selvas. Nuestra adoración es imperfecta si vosotros no nos invocáis (episodio 3, p.4).

La equivocación divina no residiría en una especie de imperfección, no. Los dioses no pretenden ser perfectos, aunque esa cabalidad no esté en juego en este caso. Según Patricia Henríquez Puentes, en su texto *Oralidad y teatralidad en el Popol Vuh*, no se trataría de un error divino, sino de una característica propia de la oralidad original del Popol-Vuh. *No hay que olvidar que, en una cultura oral, el pensamiento y la expresión tienden a ser acumulativos, dependen de ciertas fórmulas para practicar la memoria* (Henríquez Puentes, p.3). Así, para alcanzar la perfección necesaria, para poder crear a una criatura capaz de adorarlos, los dioses deben pasar por varios intentos, antes de llegar al final. Es más, la creación última del hombre de maíz se encuentra casi al margen de su palabra, pues es resultado de las interacciones entre los tres cuadriláteros del universo. A cada intento se irán acercando más al hombre que tienen meditado, al que tienen en mente. La creación de los cielos y la tierra obedece, como ya se dijo

anteriormente, a la voluntad de los dioses de ser adorados y nutridos por el hombre. El hombre es el objetivo de la creación. Como tal, su creación no puede ser lograda por una sola palabra-acción. El empeño de los dioses por lograr la perfección muestra su propia perfección, la de poder reconocer los propios errores y enmendarlos.

De esta manera, los animales reciben castigo por no ser capaces de adoración. Los dioses, luego del error, se cuestionan la posibilidad de encontrar a alguien que pueda nutrirlos con su palabra. *¿Habrá, podrá haber adoración, obediencia, en los [seres] que haremos?* (episodio 3, p.4). Dos veces intentan los dioses crear al hombre. La primera, es una mera acción, en la que la palabra casi no tiene cabida. Los dioses encargados de la formación son los que forman al hombre del barro. Se trata de un primer intento de humanidad. Es importante recalcar el hecho de que la palabra, el consejo, se encuentra al margen de la formación. Cuando terminan de construir estos hombres de barro, que son capaces de la palabra, se percatan de su deficiente cuerpo. Ese pequeño ser, realizado con las mismas manos de los dioses, no tiene las facultades necesarias para ser proclamado como hombre, no tiene la conciencia necesaria para adorarlos. Es gracias a este error que se celebra el consejo que llevará a la creación del segundo hombre. Lo interesante de este consejo es que los dioses no se conforman con la propia sabiduría, y deciden llamar a los ancianos. Según Henríquez Puentes, este llamado de ayuda a los ancianos se constituye como otra gran huella de la oralidad. En las comunidades con oralidad predominante, la sabiduría se encuentra en el diálogo con los ancianos, con aquellos que ya han vivido la vida y que, por lo tanto, tienen la experiencia necesaria para aconsejar.

Estos ancianos invocados, al igual que los dioses que los invocaron, precisan de ayuda externa para dar con la cabal respuesta. Recurren a la magia para consultar el camino a seguir. Como los primeros hombres fueron capaces de una precaria palabra, lo que les preocupa, en este segundo caso, es la concepción de sus cuerpos. Desean a un hombre fuerte, capaz de dominar los terrenos para él contruidos. Es así que deciden construir a un hombre de madera, tallar su faz y sus miembros en madera, como una especie de maniquí. El cuerpo ya no es frágil,

sino fuerte. Sin embargo, falta algo esencial para la adoración divina: la memoria. Las criaturas no recuerdan su origen divino, no saben de dónde provienen. Al olvidar el origen, son incapaces de adorar a sus progenitores. Al respecto, José Lezama Lima, en su ensayo "Mitos y cansancio clásico" dice: *Reemplazan la arcilla por la madera, pero entonces faltaba, ay, el corazón. Fracasado este intento de los dioses, ordenaron la lluvia de ceniza, y de nuevo, el agua de los comienzos. Surgida la nueva criatura, es ahora la naturaleza irritada, incontenible, la que presenta el perfil de su cuchillo* (Lezama, p.67). Este intento de humanidad es el más cercano a la perfección. Los dioses no se percatan de que no es necesario el don de la palabra solamente. La palabra-acción es, de por sí, una huella de la divinidad originaria, pero la palabra simple, aquella desprovista de su memoria atemporal, eterna, no es capaz de invocar la presencia de un dios. La palabra sin memoria es casi un mugido, casi un graznido. Además, el cuerpo fuerte y firme dotado por los dioses, resulta ser seco e infértil. Son capaces de reproducirse, pero les falta movimiento. Sin sangre, no puede haber vida en movimiento. No tienen, pues, carne en la cual pueda fluir el líquido de la vida.

A esto le sucede el diluvio al que hace referencia Lezama. No se tratará, solamente, de un castigo divino. Los animales que servían a estos seres de madera, se vengarán de la crueldad y de todo lo sufrido por culpa de estos primitivos hombres. Así, toda la creación se volcará en venganza contra estos maniqués incapaces de recordar su origen. Cada ser lastimará el cuerpo de los maniqués en el tiempo del diluvio. Serán objeto del mayor de los odios, del mayor de los actos engendrados en la frustración. La tierra, entonces, se oscurecerá de nuevo, a la espera de la salida del sol que, como ya se dijo, coincidirá con el nacimiento del verdadero hombre, el hombre de maíz. El recorrido de la narración desde este punto hasta la creación del hombre de maíz seguirá por una especie de historias en las que se narre las aventuras de dos dioses, los engendrados: Hunahpú e Ixbalanqué.

¿Por qué son esenciales para la creación del hombre las aventuras de estos hermanos? Son varias las razones de su vital importancia. Primero, porque el tercer cuadrilátero, el del inframundo, surgirá en la narración como Xibalbá,

"Lugar del Desvanecimiento, de la Desaparición, de los Muertos". La debida y armónica interacción entre los tres cuadriláteros del universo (cielo, tierra e inframundo) es lo que marcará el camino de la creación hacia la aparición del hombre. Hunahpú e Exbalanqué serán aquellos que unifiquen, en una sola entidad, los tres cuadriláteros universales. Serán ellos el decimotercer elemento, aquél que hacía falta para la unificación del universo en una sola entidad. La segunda razón se encuentra relacionada a la anterior. Cuando los hermanos hayan vencido a Xibalbá, cuando hayan honrado el nombre de sus padres, surgirán la luna y el sol, surgirá el alba definitiva. El alba es necesaria para la creación del hombre, por ellos los dioses realizan el último consejo de acto creativo. Sin embargo, la obra de creación del hombre no se da como en la anterior, esculpiendo un trozo de madera, sino en base a su alimento. Es así que el hombre es rellenado de maíz, su principal sustento. Así nace el hombre de maíz.

Culmina la creación del universo en este pequeño ser de maíz. La cifra decimotercera no sólo representa la última porción necesaria para la perfección, sino que unifica a todos los mundos en sí misma. En el hombre reside la palabra-acción, clara huella de los dioses y su necesidad de sustento y adoración. Por las venas del hombre corre una sangre hecha de maíz, alimento otorgado a él por la benevolencia de la tierra. 'El hombre debe su existencia a las trampas y soberbia de los de Xibalbá, claros retadores de los engendrados. Cielo, Tierra e inframundo, cada uno con sus cuatro ángulos, cuatro soles y cuatro lunas, todos habitan silenciosos en el hombre, todos habitan en sus trece esencias.

La sonda de Arcturo:
La búsqueda del olvido del ego en la palabra

Quienquiera lea estas palabras, eres una lámpara
y una memoria en ti mismo.
Eliges según lo que recuerdas,
y por la claridad de tu propia luz ves aquello que eliges.
Sólo tú puedes elegir.
Momento a momento, tu predisposición crea aquello
en lo que te transformas.
El amor cósmico es despiadado.
Echa otra ojeada a ti mismo.
J. A.

Los de Arcturo establecen el contacto con sus esporas eróticas y sensoriales. Establecen el llamado, interrogan los nocturnos terrores. Se ha perdido un quinto acorde, se ha extinguido entre las redes de las creaciones luciferinas. Por ello dirigen sus frecuencias a los habitantes de Terra-Gaia, a aquellos seres que se encuentran bajo el mando de su más brillante estrella: Kinich Ahau. Los heteróclitos arcturianos desean el sumergimiento universal en el llamado "Gran Orgasmo", para lo cual necesitan la vibración de todo ser en el acorde la quinta frecuencia. La asignación del sector experimental, Velatropa 24, formado por el sistema de Kinich Ahau, obedece a atemporales y colectivas voluntades. ¿Qué es lo que narran estos *relatos de una investigación en curso*? ¿Desde dónde emiten los radiones de su palabra? *No venimos a ustedes ni del pasado ni del futuro, sino que actuamos lateralmente, rodeándolos. Revoloteamos donde no pueden ver. Sonamos donde no pueden oír. Les hacemos cosquillas donde no pueden sentir. Lo que han tomado de nosotros, lo trasmiten como mito o fantasía, pero eso sólo se debe a que no han superado su principal error: el miedo a la muerte* (de Argüelles : 8). Simples mortales que no desean serlo, los seres humanos se encuentran sumidos en su temor y les es imposible el despertar de sus conciencias mientras este temor prosiga. ¿Cómo superar este construido miedo? ¿Cuál es el origen de sus fundamentos?

La sonda de Arcturo tiene su origen en el origen. Las vidas del universo, al igual que las trece dimensiones que lo constituyen, están dotadas de una

existencia sin principio. El tiempo que las mueve no es el tiempo de las agujas del reloj, pues ese tiempo es meramente humano. El transcurso de sus conciencias no sigue un transcurso vegetal (donde se nace, se crece, se reproduce y se muere), sino que obedece a otro tipo de ordenamientos. El inicio del universo es un misterio que no necesita ser dilucidado y lo mismo sucede con su fin. Estos afanes, dicen los de Arcturo, pertenecen a seres arraigados a su corporeidad, arraigados a su vida y a la negación de su muerte. Las consecuencias que trae la falsa ilusión de eternidad son nefastas a la armonía que existe en el cosmos. No sólo se niega la "verdadera eternidad", sino que se abre paso al más peligroso de los conceptos: el ego. No puede haber coexistencia armónica si cada cual atesora el propio ego. Así, los de Arcturo deciden narrar los orígenes de su investigación como una especie de advertencia, como un anuncio de aquello que puede llegar a suceder. *La sonda de Arcturo* canta el despertar de la especie en la quinta frecuencia. No se interesa por el principio, por la creación, pues este tipo de preocupaciones sólo llevan al afianzamiento del ego. Si no importa el origen, tampoco puede importar el fin. Si no se toma en cuenta el nacimiento, ¿por qué habría de tomarse en cuenta la muerte? Para los arcturianos, cada principio individual es colectivo, cada final es comunitario. El nombre que recibe un ser al nacer es simplemente anecdótico, el nombre de cada rayo de luz, de cada gota de agua, de cada estrella, de cada planeta, no es más que un conjunto de letras que clasifican, separan y condenan. Y en esto consistía la tarea de Lucifer, el origen de todos los problemas, y el único capaz de solucionarlos.

En los orígenes de todo, fui yo el primero en volverse "yo", y no "nosotros." Pues en mí y a través de mí se corporizó por primera vez la fuerza de la evolución hacia la luz (p. 70). Lucifer no es solamente un ser de luz, un artista en lo variado de sus creaciones. Lucifer es el principio del miedo a la muerte, es el causante de la pérdida del quinto acorde en Velatropa 24. Sin embargo, cabe resaltar las características de este ser hexa-dimensional, el primero de su especie. Al creer ser el único, el más elevado, cierta parte de sí comenzó a arraigarse en el ego. La consecuencia de este arraigamiento es su separación del resto de los seres. Lucifer dejó de coexistir con las existencias de otras dimensiones, pues se creía el

único. Al creerse el único, empezó a considerarse a sí mismo un dios. En las soledades de la sexta dimensión, Lucifer comenzó a crear voluntades nuevas en los habitantes de Velatropa 24. Las acciones de este ser de luz no parecían tener consecuencias para él. El universo le pertenecía, al igual que las conciencias de los seres tridimensionales que lo consideraban un dios. ¿No se parece esta conducta a aquella atribuida a dioses de casi todas las tradiciones? Soledad, poder y luz. ¿La excepción que más salta a la vista? La palabra. Considerado aisladamente del resto de los elementos presentados en *La sonda de Arcturo*, Lucifer es un dios clásico: un ser elevado, con una conciencia que lo pone por encima del resto, una existencia eterna y poderosa que "subyuga" a los seres de su creación a su voluntad. No existe "maldad" en este tipo de dioses porque la valoración no tiene cabida en este tipo de existencias. Estos comportamientos, entonces, no son ni malos ni buenos. En un relato que se interesa por el origen de cualquier existencia (léase la humanidad) no es posible un cuestionamiento de carácter moral; los dioses son incuestionables porque la creación misma obedece a voluntades que se encuentran más allá de cualquier valoración. Los móviles de la creación, aquel vértigo que antecede al acto creativo, de la nada al todo, del caos al orden, no pueden interrogarse por la humanidad porque, al hacerlo, se estaría cuestionando su propio origen, su propia existencia. No hay manera alguna de conocer la chispa que mueve a los dioses a crear, no se puede comprender esa necesidad de criaturas inferiores que les lleven tributo. En los relatos "clásicos" de creación, lo que importa es el cómo, no el porqué (ni el cómo se llega al porqué). Esto se debe a que estos relatos se proyectan al interior mismo de la creación, a los hombres que son resultado de estos actos creativos y sus relaciones con su(s) creador(es). Lo que sucede en *La sonda de Arcturo* es el acto inverso. No interesará el hombre, sino el "dios". No será el cómo, sino el porqué. La proyección no es de afuera hacia adentro (creador-criatura), sino de dentro hacia fuera (creador-universo).

Así, el aislamiento de Lucifer con respecto al resto de las existencias interdimensionales llevará, como se dijo, al rompimiento de la armonía universal. Lucifer no respeta la voluntad de las criaturas bajo su influencia porque las cree

inferiores, porque las cree suyas. Al mismo tiempo, las criaturas se ven sumidas en una especie de letargo que es directa consecuencia de las acciones del que consideran su dios. La primera consecuencia es el ego. Los seres humanos surgieron de la tierra de una manera espontánea. Son seres de carbono con una conciencia tridimensional, llamada por los arcturianos *tono autoexistente, o pulsar de la tercera dimensión, de la mente-forma*. Cuando Lucifer comienza el "juego" de sus creaciones, los seres humanos ya existían en Terra-Gaia. El hombre, entonces, no es creado por Lucifer, el hombre no es un producto de un ser de luz. Al final de cuentas, el origen del hombre no importa. Lo que sí importa es lo que Lucifer hizo después: arraigar a la humanidad en el ego y en el miedo a la muerte. La mente es auto existente, por lo que no puede tener un origen externo a sí misma. Pero la mente de las dimensiones inferiores es manipulable, y eso permitió que Lucifer, creyéndose el origen de toda existencia, concentrara los poderes del ego en esas criaturas. La muerte para los de Arcturo es distinta que para los seres humanos: *...para nosotros la muerte es virtualmente inexistente - al menos la muerte como conclusión o fin de algo. Las cosas no finalizan. Se reciclan, transmutan, se transforman en otra cosa* (p.43). Pero para los terrenos del ego, la muerte es amenazante, pues atenta contra los fundamentos del "yo". El ego no puede existir después de la muerte, y la creencia de un "más allá" no hace otra cosa que combinar este miedo con una posibilidad de supervivencia del ego.

El contacto de los de Arcturo es una advertencia y un despertar. Intenta narrar las historias de cada uno de los seres que se presentan a sí mismos en la narración. Sin embargo, la misión de la sonda centra su atención en el sector de Velatropa 24 por lo terrible del rayo luciferino. Este rayo se denomina "el rayo artificial del tiempo" y consiste en una fuerza que altera el transcurso natural de la temporalidad universal, que funciona en una ecuación de 13:20. Todo el universo se acomoda a este tipo de transcurrir porque es el más armónico, es aquel que recuerda y rescata a cada una de las dimensiones que cohabitan en el cosmos. El rayo, en cambio, convierte el 13:20 en un 12:60, una ecuación que convierte una frecuencia armónica en artificial y basada en el doce. Las dimensiones, que son trece, pierden participación en esta frecuencia temporal, lo que lleva como

consecuencia el olvido de la memoria cósmica y, posteriormente, el ego y el miedo a la muerte. La sonda busca encontrar este perdido acorde y volver al sistema del 13:20 mediante el despertar de la especie humana. Muchos seres cósmicos buscan encontrar el equilibrio perdido. Algunos se sumergen en la meditación y en la creación de estrellas mediante esta meditación. Otros aprenden a dominar el canto del cristal, mediante el cual esperan despertar a la dormida especie. Pero saben que el retorno a la armonía no depende de ellos, pues debe tratarse de un transcurso natural, de una transformación igualmente armónica. Por ello hacen contacto con la humanidad, por ello vierten su sabiduría en humanas palabras. Y es gracias a esta narración que puede llegar a saberse la manera en que Lucifer terminó su soledad, para verterse en espiral hacia la universal unión del todo.

Así, el relato arcturiano llega hasta el hombre como un llamado desesperado, como una posibilidad. No flota, ya, en las aguas del principio, sino en las del porvenir en el ahora. Se le pide a la mente salir de la cápsula, salir del letargo luciferino, pues el mismo Lucifer es capaz de salir de su propio encanto. Sólo es necesario mostrarle que no era el único, que no estaba solo. Entonces, la chispa de "dios" se apaga en Lucifer, porque se da cuenta de que existen otros seres, otras dimensiones fuera de aquella de la luz. Lucifer es la luz, es el que representa la iluminación de las cosas. Por ello, a los habitantes de Velatropa se les hace imposible negar la calidad de dios de Lucifer. Los seres humanos consideran a la luz como algo bueno y, en contraposición, a la oscuridad como algo malo. Este tipo de dicotomías no existe fuera de las fronteras del planeta porque se sabe que no puede existir la una sin la otra. El bien y el mal es una invención humana, es una consecuencia del rayo artificial del tiempo y, como tal, impide el despertar hacia nuevas "realidades". La muerte, para la humanidad, entra dentro de los dominios del mal e introduce al miedo como la principal arma. Asimismo, diversos elementos que podrían considerarse como reveladores de la muerte son escondidos y negados categóricamente. Uno de ellos es la sexualidad, el placer.

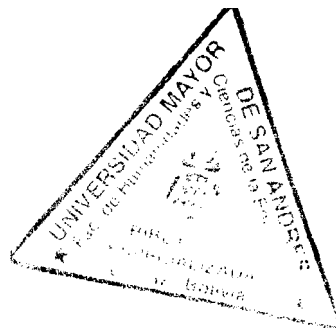
Los arcturianos conocen un tipo específico de armonía: el placer sensual. La manera en que se unen sexualmente permite un conocimiento colectivo y

comunitario. Es algo característico de los de su especie, las esporas heteróclitas. Existen otras especies que, en un principio, no practicaban la búsqueda del placer sensual, pero a medida que los arcturianos iban despertando a la sabiduría colectiva, el resto de los seres comprendió la importancia de una unión que no contemple individualidades. Así, fueron hundiéndose al universo en las frecuencias del llamado "gran orgasmo", en el que los seres llegan a ser uno solo. *La sonda de Arcturo* intenta llevar al hombre hacia el descubrimiento del placer. Sin embargo, esta noción de placer es distinta de la humana. En los placeres terrestres, se produce una unión entre dos seres, pero esta unión no es tal, pues permanece dentro de los dominios del ego. Los humanos comparten sus cuerpos, pero no los entregan. La dificultad de esta relación reside, tal vez, en el hecho de que la reproducción de la especie depende de esta relación. El engendramiento de la descendencia añade complicación a la unión. El hijo se convierte en una propiedad más porque ha sido engendrado por la fusión de dos cuerpos. Es una unión egoísta en tanto no puede olvidarse del "yo". Una unión de dos egos da como resultado otro ego, y así la cadena continúa hasta el infinito. En cambio, la unión de las esporas heteróclitas pretende no sólo la fusión de los cuerpos, sino el total olvido del ego. Las esporas, al poder auto-reproducirse, mantienen relaciones sexuales puras, orientadas solamente al placer, sin tomar en cuenta la reproducción. De esta manera, cuando los heteróclitos logran la completa unión sexual, cuando comienzan a cantar el "gran orgasmo" no es posible hablar de un conjunto de individuos, sino de un solo ser que vibra en el placer.

Debido a que para los seres humanos la sexualidad es algo que debe permanecer oculto, el despertar al orgasmo universal se hace difícil. Sin embargo, al dividirse el hombre en dos instancias, lo masculino y lo femenino, se le hace posible una complementación nueva, desconocida para el resto de los seres de las distintas dimensiones. Pero la división entre bien y mal provoca que esta complementación sea imposible, pues es frecuente encontrar que un lado se sienta mejor que el otro. Esto se debe a que el miedo a la muerte impide la anulación del ego. *Sin miedo a la muerte, la historia carece de peso. La perdurabilidad es la aventura que subyace a la Sonda. Cuando veas más allá del*

miedo a la muerte, verás que estamos y siempre estuvimos muy próximos y cerca (p. 81). Así, la historia existe en tanto que el miedo a la muerte existe también. Los principios, los finales, los orígenes y los destinos, no son más que consecuencias de la artificialidad del tiempo en el que vive el hombre. Por ello, a estas historias, a estos relatos, no puede interesarles el principio de la vida. De igual manera, el destino de las dimensiones del universo tampoco se constituye como preocupación. El hoy y el ahora se expanden hacia atrás, hacia lo que el ser humano considera historia, y se amplía hacia delante, hacia lo que el hombre concibe como porvenir. Esta expansión cristalina es lo que busca la sonda de los de Arcturo. Cuando el olvido del ego se haya instalado, el miedo a la muerte se constituirá como algo absurdo. Cuando el hombre se acepte como una criatura más del universo podrá cohabitar en las vibraciones del "gran orgasmo" y así despertar al éxtasis del universo. Sólo entonces será recuperado el quinto acorde, sólo entonces el universo volverá a su primigenia armonía.

Algunos se preguntarán si este texto es verdad o ficción.
Verdad y ficción son diferencias que solamente plantea la mente tri-dimensional.
Para la mente más elevada, interdimensional,
la diferencia entre verdad y ficción no existe.
Todos los universos paralelos poseen una realidad igual.
J. A.



El hombre: el universo

Para poder escribir sobre el principio de los tiempos, para poner en palabras humanas aquello que se encuentra al margen de todo abarcamiento, será necesario un oscuro lenguaje. Pues una palabra comienza y termina, y la eternidad se escurre entre el intento de nombrarla y la sucesión de esas palabras que la observan, mas no la atrapan. La eternidad se define innombrable e inabarcable, se define latente y simultánea, se define incognoscible para el ojo humano. Lo que se encontraba antes del tiempo oscila entre el sentir y el pensar. Se sugiere en el transcurso de un río, se agazapa en la gravedad de un trueno, se vislumbra en las llamas del fuego. Todo intento de asir ese abismo primigenio deberá originarse en aquellas instancias que lo revelan; toda narración encontrará una posibilidad, una pequeña ventana, en la contemplación de estas substancias anteriores a la palabra.

Así, las palabras se verán obligadas a subordinarse para propiciar el descubrimiento de ese principio. Ese pasaje, aquel que va de una simultaneidad anterior a la palabra, a una sucesión lineal y humana, se constituirá como germen de narración. Será un trabajo tanto personal como poético porque se pretenderá descubrir los fundamentos de un origen colectivo mediante un lenguaje particular. Cada grupo humano, cada cultura, elaborará una versión propia de sus orígenes y utilizará imágenes que se relacionen con su sensibilidad particular. Sin embargo, en cada una de ellas podrá encontrarse una eternidad sugerida y escondida que las hermana y las comunica entre sí. Tres diferentes intentos ocuparon esta lectura, tres distintas visiones del inicio de los tiempos. Si bien cada uno de estos textos pretende una vasta explicación no sólo de los orígenes, sino de la existencia en general, lo que se pone en juego de manera más clara es la relación entre creación y palabra. Ninguna de estas narraciones puede existir más allá del mismo hombre que las lee y las reproduce. Ya sea afirmando la existencia de una entidad superior o sugiriendo la comunión entre varios, cada una de ellas exige una aproximación pura e inocente, donde la imagen poética, desnuda ya de todo

dogma, se permita a sí misma la concepción del todo. En esa sola posibilidad, la creación a partir de uno mismo, es que habita, latente, el universo.

Las palabras con las que se desenvuelven los tres textos difieren notablemente entre sí: tres tonos, tres gestos, tres distintas construcciones convergen en una sola lectura. Desde aquel principio de los tiempos hasta el instante en el que el hombre necesita nombrarlo, se puede vislumbrar lo eterno. Es allí, en ese infinito abanico de posibilidades, donde se instalan estas narraciones. Más allá de los abismos que puedan separarlas entre sí (ya sean de sentido, de intención o de contexto), las tres se concentran en algo que les es común: el hombre. Y no solamente el ser que vive, que siente, que piensa y que se comunica, sino también su imperante necesidad de conocer aquello que se encuentra velado a su entendimiento: un dios o varios, un tiempo o múltiples, una conciencia o muchas. Y es a causa de estas preocupaciones que una distinción, una división que retorne al núcleo de los textos, se hace inevitable.

Se encuentran, por un lado, dos importantes textos (tradiciones) con concepciones convergentes. Si bien el dios de *La Biblia* enfrenta la creación en una absoluta soledad (esto a pesar de la presencia de su espíritu que flota sobre las aguas) y en una absoluta perfección (la auto-aceptación de lo creado al "ver que era bueno"), mientras que los dioses mayas cometen errores y aciertos en conjunto, debe notarse que los elementos de las creaciones narradas siguen un mismo movimiento. Se trata de una danza que va de afuera hacia adentro, una espiral que se contrae hasta llegar a la absoluta condensación de sus fundamentos. Las narraciones no proyectan otra cosa que el universo en el hombre, pues logran contraer la eternidad y el infinito en un ser que, por definición, es todo lo contrario. En estos dos textos lo que se encuentra en juego es una esperanza, la esperanza de que el ser humano no sea solamente una criatura creada por el azar, sino una entidad que unifique los misterios que le son incognoscibles o inabarcables. El "Génesis" y El *Popol-Vuh* logran formar un **hombre** que contiene rasgos evidentes de la divinidad que lo ha creado. El hombre no es solamente un hombre, sino una pequeña reproducción de los dioses a los que le debe el origen. Así, este ser no necesita abandonar su humanidad

para poder ya unificarse, ya enfrentarse con lo divino, infinito o eterno, pues todo aquello se encuentra depositado en su interior desde el momento mismo de su creacion.

Ahora bien, el caso de *La sonda de Arcturo* sigue un movimiento diferente, convoca un gesto contrario. Aquí la danza no va de afuera hacia adentro, sino de adentro hacia fuera. Aquí no se trata de un hombre que debe encontrar en si mismo la divinidad, sino de un ser humano que debe salir de las limitaciones de su ego para poder comunicarse con todo aquello que se encuentra fuera de él. Se trata de proyectar al hombre hacia el universo para que éste sea capaz de concebir un universo en el que cada conciencia, cada ser, cada segundo, cada movimiento se encuentre íntimamente conectado con el resto. Este texto no enfrenta a un dios o dioses con su creación, como puede ocurrir con los anteriores, sino que enfrenta al hombre con la posibilidad de una totalidad que no lo subordina al nivel de una "simple" criatura, sino que lo eleva, lo iguala, lo difumina en la totalidad de las dimensiones del **universo**. La espiral que se va dibujando a lo largo del texto expande sus fronteras permanentemente hacia fuera, hacia lo indefinido e indefinible, hacia aquello que en apariencia se encuentra estático, pero que en profundidad vibra jubilosamente en un cabal movimiento.

Bibliografía

Anónimo. *El Popol-Vuh o Libro del concejo de los indios quichés*. Traducido del francés por Míael Anael Asturias y J. M. González de Mendoza. Obtenido de la página: www.formarse.com.ar.

de Argüelles, José (canalizador). *La sonda de Arcturo. Relatos e informes de una investigación en curso*. www.formarse.com.ar, 1996.

Eliade, Mircea. *Historia de las creencias y de las ideas religiosas 1*. Paidós Ibérica, Barcelona, 1999.

Girard, Rafael. *Esotericism of the Popol Vuh*. Theosophical University Press Online Edition. Obtenido de la página: www.theosociety.org

Henriquez Puentes, Patricia. *Oralidad y teatralidad en el Popol Vuh*. Universidad de Concepción, 2006. Obtenido de la página: www.scielo.cl

La Biblia. Madrid. Biblioteca de autores cristianos: 1970.

Lezama Lima, José. "Mitos y cansancio clásico" en *La expresión americana*. Fondo de cultura económica, México D. F. 1993.

Scholem, Gershom. *La cábala y su simbolismo*. Siglo XXI, México D. F. 2001.